

VIDA Y HECHOS

DEL FAMOSO CABALLERO

D. CATRIN DE LA FACHENDA.

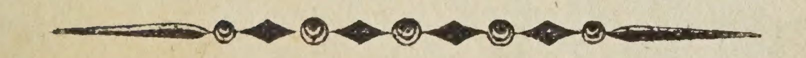
OBRA INÉDITA

DEL

PENSADOR MEJICANO

CIUDADANO

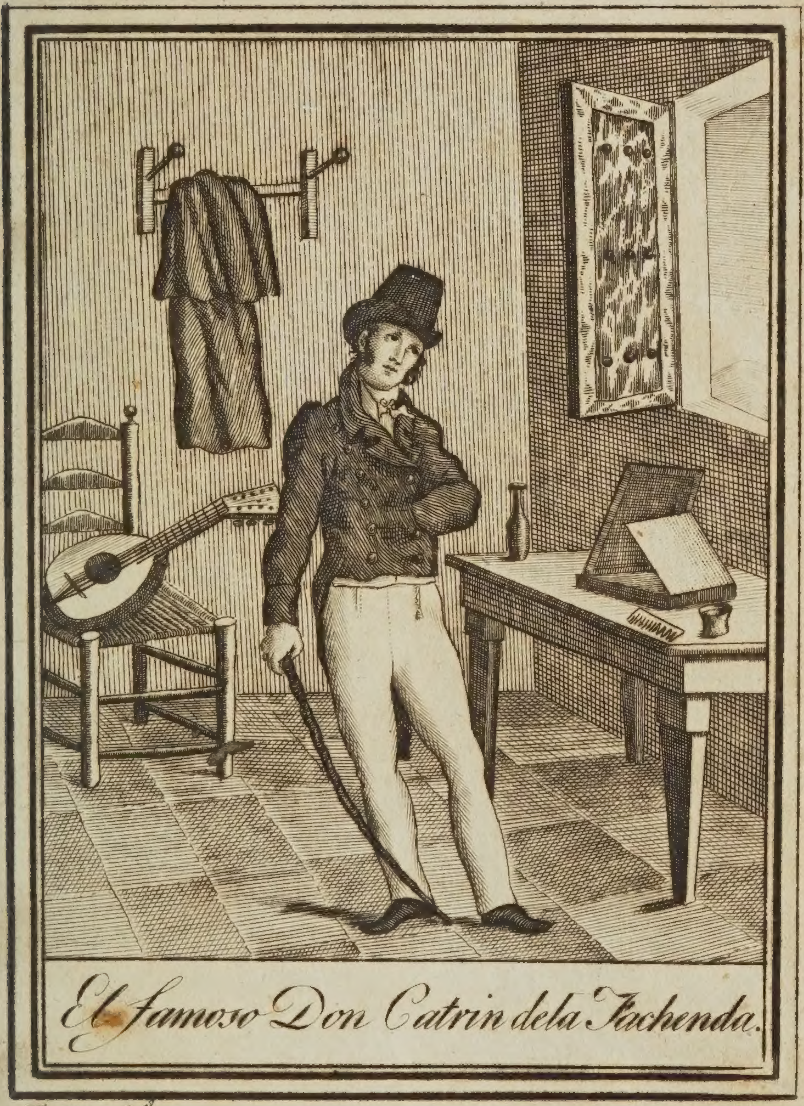
José Joaquin Fernandez de Lizardi.



MÉJICO:

IMPRENTA DEL CIUDADANO ALEJANDRO VALDÉS,
ESQUINA DE SANTO DOMINGO Y TACUBA.

1832.



El famoso Don Catrin dela Fachenda.

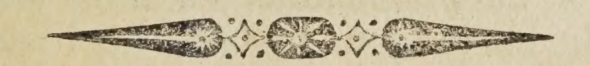
Torreblanca, g° M.

VIDA Y HECHOS

DEL

FAMOSO CABALLERO

D. CATRIN DE LA FACHENDA.



CAPITULO I.

En el que hace la apología de su obra, y da razon de su patria, padres, nacimiento y primera educacion.

Seria yo el hombre mas indolente, y me haria acreedor á las execraciones del universo, si privara á mis compañeros y amigos de este precioso librito, en cuya composicion me he alambicado los sesos, apurando mis no vulgares talentos, mi vasta erudicion, y mi estilo sublime y sentencioso.

Nó, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo el *Periquillo*

Sarniento, de que su obra halló tan buena acogida en este reino; porque la mia, descargada de episódios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida á un solo tomito en octavo, se hará desde luego mas apreciable y mas legible: andará no solo de mano en mano, de faltriquera en faltriquera, y de almohadilla en almohadilla; sino de ciudad en ciudad, de reino en reino, de nacion en nacion, y no parará sino despues que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones en los cuatro ángulos de la tierra.

Sí, amigos catrines y compañeros mios: esta obra famosa correrá.... dije mal, volará en las alas de su fama por todas las partes de la tierra habitada y aun de la inhabitada: se imprimirá en los idiomas español, ingles, frances, aleman, italiano, arábigo, tártaro, &c.; y todo hijo de Adan, sin exceptuar uno solo, al oir el sonoroso y apacible nombre de D. Catrin, su único, su eruditísimo autor, rendirá la cerviz, y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así, cuando el objeto que me propongo es de los mas

interesantes, y los medios de los mas sólidos y eficaces? El objeto es aumentar el número de los catrines; y el medio, proponerles mi vida por modelo. .. Hé aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida; pero ¿qué vida? la de un caballero ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta, y héroe por todos sus cuatro costados; pero basta de exórdio, *operibus credite.* Atended.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 ó 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta á treinta y un años, edad florida, y en la que no se debian esperar unos frutos de literatura y moralidad tan maduros como los vais á ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó á mí ser el prodigio del siglo diez y ocho en que nací, como digo, de padres tan ilustres como el César, tan buenos y condescendientes como yo los hubiera apetecido aun ántes de existir, y tan cabales catrines

que en nada desmerezco su linage.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza, y tambien de toda riqueza, ¡propension de los hombres de mérito! me educaron segun los educaron á ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significo que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos: los dos muchachos, hijos clandestinos de un título, y los tres mil pesos hijos tambien suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabia; pero ¿cómo no habia de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mama y el honor acrisolado de mi padre; pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias, y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán *usque in aeternum* á cubierto de las notas de vano y sospechoso, cuando os aseguro á fe de ca-

ballero D. Catrin que soy noble, ilustr y distinguido, por activa, por pasiva y po impersonal.

Mas, volviendo al asunto de mi historia, digo, que por la ceguedad de la fortuna nací, á lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieron para que mi primera educacion hubiera sido brillante.

No habia en mi casa tesoros, pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crió con el mayor chiqueo. Nada se me negaba de cuanto yo queria: todo se me alababa, aunque les causara disgusto á las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis piés, y mis padres tenian que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniera con enojo: ¡tanta era su virtud, tal su prudencia, y tan grande el amor que me tenian!

Por contemporizar con un tio cura, eterno pegoste y mi declarado enemigo *ab ineunte aetate*, ó desde mis primeros años, me pusieron en la escuela, ó por mejor decir, en las escuelas, pues varié á lo ménos como catorce; porque en unas descalabraba á los muchachos, en

otras me ponia con el maestro, en estas retozaba todo el dia, en aquellas faltaba cuatro ó cinco á la semana; y en estas y las otras aprendí á leer; la doctrina cristiana segun el catecismo de Ripalda; á contar alguna cosa, y á escribir mal, porque yo me tenia por rico, y mis amigos los catrines me decian que era muy indecente para los nobles tan bien educados como yo el tener una letra gallarda, ni conocer los groseros signos de la estrafalaria ortografia. Yo no necesitaba tan buenos consejos para huir las necias preocupaciones de estos que se dicen *sensatos*, y así procuré leer y contar mal, y escribir peor.

¿Qué se me da, amados catrines, parientes, amigos y compañeros mios, qué se me da, repito, de leer así ó asado: de sumar veinte y once son treinta y seis; y de escribir, *el cura de Tacubaya salió á casar conejos*? Dícenme que esto es un disparate: que los curas no casan conejos sino hombres racionales: que cazar con z significa en nuestro idioma castellano matar ó coger algun animal con alguna arma ó ardid, y casar con s es lo mismo que autorizar la liga que el hombre

y la muger se echan al contraer el respetable y santo sacramento del matrimonio. ¿Qué se me da, vuelvo á deciros, de estas y semejantes importunas reconvenciones? Nada á la verdad, nada segúramente; porque yo he tratado y visto murmurar á muchos ricos que escribian de los perros; pero á vueltas de estas murmuraciones los veia adular, y recomendar por los mas hábiles pendolistas del universo; lo que me hace creer, queridos mios, que todo el mérito y habilidad del hombre consiste en saber adquirir y conservar el fruto de los cerros de América.

Tan aprovechado como os digo, salí de la escuela, y mis padres me pusieron en el colegio para que estudiara, porque decian los buenos señores que un Don Catrin no debia aprender ningun oficio, pues eso seria envilecerse; y asi que estudiara en todo caso para que algun dia fuera ministro de estado, ó por lo ménos patriarca de las Indias.

Yo en ese tiempo era mas humilde ó tenia menos conocimiento de mi mérito, y así no pensaba en honras ni vanidades, sino en jugar todo el dia, en divertirme y pasarme buena vida.

Los maestros impertinentes me reñian, y me obligaban á estudiar algunos ratos, y en estos.... ¡lo que es un talento agigantado! en estos cortos ratos que estudié á fuerza, aprendí la gramática de Nebrija y toda la latinidad de Ciceron en dos por tres; pero con tal felicidad, que era la alegría de mis condiscípulos y la emulacion de mis cansados preceptores. Aquellos reian siempre que yo construia un verso de Virgilio ó de Horacio, y estos se rebanaban las tripas de envidia al oirme hacer régimen de una oracion, porque yo les hacia ver á cada paso lo limitado de sus talentos y lo excesivo del mio.

Me decian, por ejemplo, que *ego, mei*, no tenia vocativo, y yo les decia que era fácil ponérselo, y necesario el que lo tuviera, pues no teniendo vocativo, no se podrá poner en latin esta oracion: ¡*O yo el mas infeliz de los nacidos*! y poniéndole el vocativo *ego*, dirémos: *O ego infelicior natorum*, y ya está vencida esta dificultad, y se podrán vencer así iguales injusticias y mezquindades de los gramáticos antiguos.

La oposicion que hice á toda gra-

mática fué de lo mas lucido; ni uno hubo que no se tendiera de risa al oirme construir aquel trilladísimo verso de Virgilio.

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi, que volví al castellano de este modo:

Tu recubans, tú amarrarás; *Tityre,* á los títeres; *patulae,* de las patas; *fagi,* con una faja: *sub tegmine,* bajo de ciertos términos. Todos se reian, celebrando, ya se vé, mi habilidad; pero los maestros se ponian colorados, y aun me querian comer con los ojos desde sus sillas; ¡tanta era la envidia que los agitaba! Pero en fin, yo recogí mis galas, mis padres quedaron muy contentos, y me pusieron á estudiar filosofia.

En esta facultad salí tan aprovechado como en gramática. A los dos meses ya argüia yo en *barbara* que era un pasmo, y tenia un *ergo* tan retumbante, que hacia estremecer las robustas columnas del colegio, siempre con asombro de mis condiscípulos y bastante envidia de mis maestros.

Una ocasion, arguyendo con un rancio peripatético que defendia la existencia de cierto animal llamado entre sus an-

tiguos patronos *ente de razon*, despues de varias cosas que le dije, añadí este silogismo concluyente:

Si per alicujus actus eficeretur entis ratio, maximè per huic: per huic non; ergo per nullius. Las mesas y bancas de la clase resonaron con el palmoteo de los colegiales, que ya con su desentonada risa no dejaron proseguir el argumento; el sustentante me dió un apretado abrazo, y medio real de carita, diciéndome: Tenga U. el gusto de que es mas fácil concebir un ente de razon, que poner otro silogismo en un latin tan crespo y elegante. Todos me aplaudieron, todos me celebraron ese dia, y no faltó quien escribiera el silogismo con letras de oro, y lo pusiera sobre las puertas de la aula con este mote: *Ad perpetuam rei memoriam, et ad nostri Catrinis gloriam*; que resuelto á romance queria decir: Para gloria de la memoria de la historia latinoria del ilustrísimo Catrin, que es de los nuestros Catrines. ¿Qué os parece, amigos y compañeros? ¿no os admira mi habilidad en tan pocos años? ¿no os espanta mi fama tan temprana? ¿no os ejemplariza mi

conducta? Pues imitadme, y lograréis iguales aplausos.

Así pasaron los dos años y medio del curso de artes, en los que tuve el alto honor de haber curseado la Universidad y el colegio con enteras aprobaciones de mis catedráticos y concolegas.

Al cabo de este tiempo, por parecerme poco premio, no quise obtener el primer lugar *in rectum* que me ofrecian, y me contenté con el grado de bachiller, que le costó á mi padre treinta y tantos pesos, me parece: y aun este lo admití porque ya sabia yo cuan necesario es ser bachiller en artes para adquirir los grados de licenciado, doctor y maestro; y como ser bachiller en artes es *conditio sine qua non*, me fué preciso bachillerear contra mi gusto.

Sin embargo, con mi gran título y diez y ocho años acuestas, me divertia en las vacaciones que tuve, pasando el tiempo con mis compañeros y amigos, que eran muchos, y tan instruidos y tan buenos como yo.

Así que al tio cura le pareció que ya perdia demasiado tiempo, instó á mis padres para que me volvieran á soterrar

en el colegio á estudiar facultad mayor; pero les dijo que consultaran con mi inclinacion para que se procediera con acierto.

Yo tenia muy poca ó ninguna gana de continuar una carrera tan pesada como la de las letras, por dos poderosísimas razones; la primera, por no sufrir la envidia que los maestros me tenian al ver como descollaban mis talentos; y la segunda, porque ya me consideraba bastante instruido con el estudio que tenia hecho, para disputar de cualquiera ciencia con el mismo Salomon

Resuelto de esta manera, le dije á mi padre que no queria continuar en los estudios, porque las ciencias no eran sino unas charlatanerías importunas que no proporcionaban á los hombres sino aflicciones de espíritu, quebraderos de cabeza y ningun premio; pues para un medio sabio que cogia el fruto de sus tareas literarias al cabo de los años mil, habia novecientos arrinconados en el olvido y la miseria.

Mi padre tenia talento; pero como reconocia muchas ventajas en el mio, se encogió de hombros como quien se sor-

prende, y no hizo mas sino trasladar la respuesta á la noticia de mi pesado tio el cura, con quien, por esta causa, tuve una molesta disertacion, como vereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO II.

Describe la figura de su tio el cura, y da razon de lo que conversó con él y con su amigo Precioso, y sus resultas.

QUÉ cierto es que si no hubiera entremetidos en las familias, andaria todo con mas órden; pero estos comedidos consejeros muchas veces llevan á las casas la discordia.

Mi buen tio era el cura de Jalatlaco, que habreis oido nombrar varias ocasiones en este reino. Se apuraba por lo que no debia, y aun los cuidados mas agenos lo tenian macilento y extenuado: ¿qué sería cuando juzgaba que el mal recaia inmediátamente sobre alguno de sus parientes? ¡Dios de mi alma! entónces todo era para él sustos, temores y congojas: no habia consejo que no diera, ni

diligencia que no practicara, para evitar que sintiera el mal que amenazaba. Algunas veces se salia con la suya á fuerza de regaños y sermones; pero en otras, que eran las mas, predicaba en desierto, y todo se quedaba como siempre.

Así le sucedió conmigo. Un dia.... pero os pintaré primero su figura, para que conozcais cuan diferentes serian sus pensamientos de los mios; porque si por el fruto se conoce el árbol, por el exterior suele conocerse el carácter de los hombres.

Era, pues, mi buen tio un clérigo viejo como de sesenta años de edad, alto, flaco, descolorido, de un rostro venerable, y de un mirar serio y apacible: los años habian emblanquecido sus cabellos, y sus estudios y enfermedades, consumiendo su salud, despoblaron de dientes sus encías, llenaron de arrugas el cútis de su cara, y opacaron la vista de sus ojos que eran azules, y se guarecian debajo de una hermosa pestaña y grande ceja; sin embargo, en su espaciosa frente se leia la serenidad de una buena conciencia, si es que las buenas conciencias se pintan en las frentes anchas y desme-

pidas calvas: sus discursos eran concertados, y las palabras con que los proferia eran dulces y á veces ásperas, como lo fueron siempre para mí: su trage siempre fué trazado por la modestia y humildad propia del carácter que tenia: sus manos con su corazon estaban abiertas al indigente, y todo lo que le rindió su curato lo invirtió en el socorro de sus pobres feligreses, con cuyas circunstancias se hizo generálmente amable de cuantos le trataron, ménos de mí, que á la verdad no lo tragaba, porque á título de mi tio y de que me queria mucho, era mi constante pedagogo, mi fiscal vigilante y mi perpetuo regañon. ¡Pobre de mí si no hubiera sido por mis amantes padres! me consume sin duda el señor cura, y me convierte en un misántropo aborrecible ó en un anacoreta repentino; pero mis padres, que santa gloria hayan, me amaban mas que el tio, y me libraban con modo de su impertinencia. Mas valia un *no quiero* de mi boca, dicho con resolucion á mi madre, que veinte sermones de mi tio: ella y mi padre inmediátamente que me veian disgustado, condescendian con mi voluntad y trata-

ban de serenarme. Esto es saber cumplir con las obligaciones de padres de familia; así se crian los hijos, y así salen ellos capaces de honrar su memoria eternamente.

Un dia, iba diciendo, me llamó á solas el pesado tio, y me dijo: Catrin, ¿por qué no quieres continuar tus estudios? Mal ó bien, ya has comenzado la carrera de las letras; pero nadie se corona ni alcanza el lauro si no llega al término prescrito. Es verdad que los estudios son fastidiosos al principio; pero no es ménos cierto que sus frutos son demasiado dulces, é indefectíblemente se perciben. Conque ¿por qué no quieres continuar?

Señor, le contesté, porque estoy satisfecho de la inutilidad de las ciencias, de lo mal que se premia á los sabios, y porque ya sé lo necesario con el estudio que he tenido y la varia lectura á que me he dedicado. ¿Cómo es eso, decia el cura, explícate, qué casta de varia lectura ha sido esa? porque si es igual á tus ponderados estudios, segúramente que nada puede aprovecharte.

Nada ménos que eso, le respondí: he

leido una enciclopedia entera, el Quijote de Cervantes, el Gil Blas, las Veladas dé la quinta, el Viajero universal, el Teatro crítico, el Viaje al parnaso, y un celemin de comedias y entremeses.=Por cierto que has leido mucho y bueno para creerte un sabio consumado; pero sábete para tu confusion, que no pasas de un necio presumido que aumentarás con tus pedanterías el número de los sabios aparentes ó eruditos á la violeta. ¿Qué es eso de que las ciencias son inútiles? ¿Qué me puedes decir acerca de esto que yo no sepa? Dirásme sí, que las ciencias son muy dificiles de adquirirse, aun despues de un estudio dilatado; porque toda la vida del hombre, aunque pase de cien años, no basta á comprender un solo ramo de las ciencias en toda su extension. Solo Dios es el omniscio universal ó el ser á quien nada se le esconde; peró el hombre finito y limitado apenas llega, al cabo de mil afanes, á saber algo mas de lo que ignora el resto de sus semejantes. De manera que yo convendré contigo en confesar que no hay, ni ha habido ni habrá sobre la faz de la tierra un solo hombre compléta-

mente sabio en teología, jurisprudencia, medicina, química, astronomía, ni en ninguna otra facultad de las que conocemos y entendemos; mas esto lo que prueba es, que el hombre es limitado por mas que haga; pero no que es imposible subir á la cumbre de las ciencias, y mucho ménos que estas sean inútiles en sí.

¿Qué mas dirias si supieras que á mediados del siglo pasado el filósofo de Ginebra, el gran Juan Santiago Rousseau, escribió un discurso probando en él que las ciencias se oponian á la práctica de las virtudes, y engendraban en sus profesores una inclinacion hacia los vicios, cuyo discurso premió la academia de Dijon en Francia? Entónces tú, como tan mal instruido, creerias haber parado al sol en su carrera; pero no, hijo mio: este gran talento abusó de él para probar una paradoja ridícula. El quiso probar en este discurso que las ciencias eran perniciosas, despues que habia recomendado su provecho, despues que les tomó el sabor, y logró hacer su nombre inmortal por ellas mismas. A tanto llega la vanidad del hombre. Rousseau defendió con su elocuencia un delirio que él

mismo condenaba dentro de su corazon; y esta elocuencia fué tan grande, que alucinó á los sabios de una academia respetable, en términos de adjudicarle premio por lo que merecia desaires; pero esto mismo prueba hasta donde puede llegar la utilidad de las ciencias, pues si el arte de decir hace recomendable lo necio, ¿qué será si se aplica á lo útil y provechoso?

Dirásme tambien, como ya lo dijiste, que la suerte de los sabios es infeliz, y que por uno que premia el mundo, hay mil á quienes abate ó persigue; pero esto no depende de las ciencias, sino del trastorno de las ideas, y de otras cosas que tú no entenderás aunque te las explique: mas sin embargo de esto, el sabio jamas deja de percibir en sí mismo el fruto de sus tareas. El hombre ignorante, aunque sea rico, no puede comprar con ningun oro las satisfacciones que puede gozar el sabio, aun en medio de su desgracia. El primero tendrá quien le adule para extraerle algo de lo que esconde; pero el segundo tendrá quien le aprecie, quien le ame y alabe con relacion á su mérito real y no á otra co-

gã. Ultimamente: el necio se llamará dichoso miéntras sea rico: el sábio lo será reálmente en medio de la desgracia si junta la ilustracion y la virtud. Por esto dijo sábiamente Ciceron "que todos los "placeres de la vida ni son propios de "todos los tiempos, ni de todas las edades y lugares; pero las letras son el ali-"mento de la juventud, y la alegría de "la vejez; ellas nos suministran brillan-"tez en la prosperidad, y sirven de recur-"so y consuelo en la adversidad." De aquí debes inferir que jamas son inútiles las ciencias: que los sabios siempre perciben el fruto de sus tareas, y que si quieres lograr tú alguno, es necesario que continúes lo comenzado. Esto te digo por tu bien: haz lo que quieras, que ya eres grande. Diciendo esto el buen cura, se marchó sin esperar respuesta, dejándome bien amostazado con su sermon impertinente.

Yo por disipar un poco el mal rato, tomé mi capa, y me fuí á comunicar mis cuitas con un íntimo amigo que tenia, llamado Precioso, jóven no solo fino, sino afiligranado, de una erudicion asombrosa, de unas costumbres ejemplares y cortado enteramente á mi medida.

Cuando entré á su casa, estaba sentado frente á su tocador, dándose color en las mejillas con no sé que menjurge. Luego que me vió, me hizo los cumplimientos necesarios, y me preguntó por el motivo de mi visita. Yo le dije todo lo pasado, añadiendo: ya ves, amigo, que la carrera de las letras es larga, fastidiosa y poco segura para vivir en este reino: si pienso en colocarme de meritorio en una oficina, tal vez, al cabo de servir de valde cinco ó seis años, y cuando vaqué una plaza de empleado en la que yo deba colar, se aparece un D. Fulano cargado de recomendaciones, me lo encajan encima, y me quedo en la calle; ó cuando esto no sea, mi forma de letra es tan corriente, que es imposible la entiendan si no son los boticarios viejos; motivo justo para que no piense en ser oficinista. Si se me presenta el comercio como un giro acomodado para vivir, lo abandono por indecente á la nobleza de mi cuna, pues ya tú ves que un D. Catrin no debe aspirar á ser trapero, ni mucho ménos á embutirse tras de una taberna. ó tras de un mostrador de aceite y vinagre. Pensar en irme á acomodar de

administrador de alguna hacienda de campo, es quimera, pues á mas de que no tengo instruccion en eso, el oficio de labrador se queda para los indios, gañanes, y otras gentes como estas sin principios: conque yo no sé que carrera emprender que me proporcione dinero, honor y poco trabajo.

En muy poca agua te ahogas, me contestó Precioso. ¿Hay cosa mas fácil que ser militar? ¿pues por qué no piensas en ello? La carrera no puede ser mas lucida: en ella se trabaja poco y se pasea mucho, y el rey paga siempre á proporcion del grado que se obtiene. Es verdad, le dije, me acomoda tu dictámen; pero hay una suma dificultad que vencer, y es que yo.... pues, no soy cobarde; pero como no estoy acostumbrado á pleitos ni pendencias, me parece que no sé como me he de presentar en campaña al frente del enemigo. No, no soy capaz de derramar la sangre de mis semejantes, ni ménos de exponerme á que se derrame la mia; soy muy sensible.

Ya te entiendo, me respondió Precioso: tú serás muy sensible ó muy miedoso; pero yo te juro que como escapes

de las primeras escaramuzas, tú perderás el miedo y la sensibilidad muy en breve; todo es hacerse. Conque anda, empeña á tu padre en que te ponga los cordones de mi propio regimiento, y verás que videta nos raspamos.

Las sanas doctrinas de mis amigos tenian mucho ascendiente sobre mi corazon. Al momento adopté el parecer de Precioso, y me volví á mi casa loco de contento, resuelto á ser cadete á toda costa.

No me costó mucho trabajo, pues aunque al principio se resistia mi padre, alegando que estaba pobre, y que no podia sostenerme con el decoro conveniente á la clase distinguida de cadete; yo insté, porfié y reñí por último con mi madre, la que por no verme encolerizado, me ofreció que obligaria á mi padre á darme gusto mas que se quedáran sin colchon.

No fueron vanas las promesas, porque mi madre hizo tanto, que al dia siguiente ya mi padre mudó de parecer, y me preguntó que de qué regimiento queria ser cadete; y habiendo sabido que del mismo de donde lo era D. Precioso, me

aseguró que dentro de ocho dias me pondria los cordones. Así se verificó, segun os voy á contar en capítulo separado.

CAPITULO III.

En el que refiere como se hizo cadete: las advertencias de su tio el cura, y la campaña de Tremendo.

Nada se dificulta conseguir en habiendo monedas y nobleza: yo lo ví conmigo palpáblemente. Mi padre entabló su solicitud por mi, presentando mis ejecutorias de hidalguía y de nobleza, y los recomendables méritos de mis abuelos, que habian sido conquistadores, con lo que en dos por tres cátenme aquí con mis licencias necesarias para incorporarme en la milicia.

En efecto, á los cuatro dias ya estaba hecho mi famoso uniforme, y el domingo siguiente me lo puse con mucho gusto mio, de mis padres, de mis amigos y parientes, ménos del cura, que como acostumbrado á tratar solo con los mazorrales de su curato, era opuestísimo

al brillo de la corte y al lujo de los caballeros; y así estaba muy mal con mi nuevo empleo, y no era eso lo peor, sino que trató de indisponer á mi padre hasta el último dia; mas no lo consiguió: yo me puse los cordones, y esa noche hubo en casa un magnífico baile.

Todos me dieron mil abrazos y parabienes, y entre los brindis que se repetian á mi salud, me decian que parecia yo un capitan general, con lo que me hacian conocer mi mérito con solidez.

Sólamente el cura, el santo cura, que Dios haya perdonado, era mi continuo tormento. Así que se concluyó la funcion, me dijo: soy tu tio: te amo sin fingimiento: deseo tu bien: estás en una carrera en que puedes conseguirlo si eres hombre de arreglada conducta; pero temo mucho que no es el deseo de servir al rey ni á tu pátria el que te ha conducido á este destino, sino el amor al libertinage. Si asi fuere, sábete que si hay militares pícaros, hay gefes honrados que los hagan cumplir con sus deberes, ó los desechen con ignominia en caso grave: que si sales tan mal soldado como es-

tudiante, lograrás iguales aplausos, recomendaciones y aprecios; y por último sábete, que aunque logres ser un libertino tolerado, á la hora de tu muerte encontrarás un juez supremo é inexorable que castigará tus crímenes con una eternidad de penas. Dios te haga un santo: que pases buena noche. Este fué el parabien que me dió el cura, y yo le quedé tan agradecido como obligado, pues me dejó confundido su última amenaza.

Sin embargo, al otro dia fuí á buscar á mis amigos, á quienes hallé en un café, y luego que me vieron, me instaron para que tomara aguardiente, favor que yo admití de buena gana.

Durante el brindis no quedó muger conocida de Méjico, cuya honra no sirviese de limpia dientes á mis camaradas, entre los que estaba un D. Taravilla, mozo de veinte años, hablador como él solo y catrin completo, esto es, hombre decente y de muy bellas circunstancias. Sin ayuda de nadie divertia una tertulia una noche entera: nadie hablaba cuando él comenzaba á platicar; y aunque tenia el prurito de quitar créditos, nadie se lo no-

taba, por el chiste y la generalidad con que lo hacia.

En esta ocasion me acuerdo que dijo que ninguno de nosotros podia jurar que era hijo de su padre, y añadió: yo por mi, á lo ménos, no me aventuraré jamas á creer ni asegurar tal cosa. Mi madre es jóven y bonita, su marido es viejo y pobre: ustedes dirán si yo podré jurar que fué mi padre: pero ¿qué me importa? él me sostiene, mi madre es muger, y es fuerza perdonarle sus fragilidades.

Quien de este modo hablaba de sí mismo, ¿cómo hablaria de los demas? En ménos de media hora hizo pedazos el honor de diez doncellas conocidas, destrozó el credito de seis casadas, echó por tierra la buena opinion de veinte comerciantes, y trilló la fama de cuatro graves religiosos, nada ménos que prelados; y si la conversacion dura mas, las togas, las prebendas, el baston y el báculo de Méjico quedan hechos harina debajo de su lengua. Tanta era su volubilidad, tanta su gracia.

Yo no podia ménos que acordarme de lo que el tio cura me habia dicho

a noche anterior; y así, confuso, recargado sobre la mesa, con la mano en la frente y la botella delante, decia dentro de mi: no hay remedio, una conversacion como esta, en la que no hay un crédito seguro, ni puede ser agradable á Dios ni provechosa á los hombres. Tanto el hablar como el oir con gusto estas mordacidades no puede ménos que ser malo, pues se tira y se coopera contra el prójimo, lo que es una falta de caridad; y nuestra religion nos asegura que el que no ama á sus semejantes como á sí, no cumple con la ley; el que no cumple con la ley, peca; el que peca con gusto, conocimiento y constancia, se obstina; el que se obstina, vive mal; el que vive mal, muere mal casi siempre; el que muere mal, se condena, y el que se condena padecerá sin fin. ¡Válgame Dios! Esto fué lo que anoche quiso decirme el cura....

Tan embebecido estaba yo en estas tristes consideraciones, que ni atendia á lo que platicaban mis amigos. Mi abstraccion fué notable en tanto grado, que un Don.... qué sé yo como se llamaba, le decian *D. Tremendo*, oficial del regimiento N, la notó, y me reconvino.

Yo le dije lo que me habia pasado la noche anterior con mi tio, y que el temor que me habia infundido su arenga era la causa de mi confusion.

Una burleta general fué la salva de mi respuesta: todos se rieron á carcajadas, y el camarada Tremendo acabó de excitar su alegría diciendo: ¡valiente mona tenemos por compañero de armas! Hombre del diablo, ¿por qué no pretendiste el velo de capuchina, ántes que los cordones de cadete, ó á lo ménos el asador de la cocina de un convento de frailes, ya que eres tan pacato y escrupuloso? Vaya, vaya: se conoce que eres un pasguate de mas de marca. Mírate ahí, muchacho, no muy feo, con cuatro reales en el bolsillo y unos cordones en el hombro, y espantándose por dos chismes que te contó tu tio.... pues, tu tio, un clerizonte viejo, fanático y majadero á prueba de bomba, á quien yo hubiera echado al perico tiempos hace; mas él te ha sabido infundir un terror pánico desmedido, acobardando tu espíritu con cuentos de viejas, y palabras que nada significan. Vamos, chico, vamos; paséate con nosotros alégremente, brinda con

los que beben, juega, enamora, riñe y solázate con quien sabe pasear, beber, jugar, enamorar, reñir y solazarse. Mañana serás un triste retirado: la vejez habrá robado las gracias de tu juventud, y la alegría huirá veinte leguas en torno de tu habitacion, y entonces sentirás no haber aprovechado estos momentos lisonjeros que te ofrece tu presente estado.

Desengáñate, Catrin: paséate, huélgate, juega, enamora, tente en lo que eres, esto es: entiende que el ser militar aun en la clase de soldado raso, es mas que ser empleado, togado ni sacerdote. El oficial del rey es mas que todo el mundo: todos lo deben respetar, y él á ninguno: las leyes civiles no se hicieron para los militares: infringirlas en tí será, á lo mas, una delicadeza si observas las ordenanzas y vistes con tal cual lujo: todos los bienes, y aun las mugeres, son comunes en tiempo de guerra, y en el de paz se hacen de guerra echando mano al sable por cualquier cosa; y así olvídate de esas palabras con que te espantó el viejo tonto de tu tio, y pasa buena vida. Muerte, eternidad y honor, son fantasmas, son cocos con que se asus-

tan los muchachos. *Muerte* dicen; pero ¿quién temerá á la muerte, cuando el morir es un tributo debido á la naturaleza? Muere el hombre, lo mismo que el perro, el gato, y aun el árbol, y así nada particular tiene la muerte de los hombres. *Eternidad*: ¿quién la ha visto, quién ha hablado con un santo ni con un condenado? Esto es quimera. *Honor*: esta es una palabra elástica que cada uno le da la extension que quiere. Punto de honor es combatir al enemigo hasta perder la vida en la campaña, y punto de honor es asesinar al indefenso, robarle sus bienes y abusar de la inocencia de sus hijas. Esto lo has visto: la gracia está en saber pintar las acciones y dictar los partes; y teniendo la habilidad de engañar á los gefes, tú pasarás por un militar sabio, valeroso y prudente.

Conque vuelve por tu honor entre los camaradas: sé corriente, franco, marcial y para todo; pues si te metes á místico y escrupuloso, serás la irrision mia, de Precioso, de Taravilla, y en fin hasta de Modesto, que ya lo ves que parece que no sabe quebrar un plato.

Este Modesto era un jóven oficial,

que habia estado oyendo la conversacion de Tremendo con mucho silencio; pero lo rompió á este tiempo, y dijo con bastante seriedad: oyes, Tremendo: el cadete nuevo tiene mucha razon para confundirse al oir una plática tan escandalosa como la que sostuvo Taravilla, y la tendrá mayor si se hace cargo de los desatinos que has dicho, y cuya malicia tú mismo ignoras; pero yo que aunque jóven y militar no soy de la raza de los Catrines y Tremendos, debo decirle que hace muy bien en abrigar los cristianos y honrados sentimientos que le ha inspirado el bueno de su tio. Sí, amigo D. Catrin: entienda U. que la carrera militar no es el camino real de los infiernos. Un cadete, un oficial, es un caballero, y si no lo es por su cuna, ya el rey lo hizo por sus méritos ó porque fué de su agrado; pero no es caballero ni lo parecerá jamas el truan, el libertino, el impío, el fachenda ni el baladron. No, amigo: la carrera militar es muy ilustre; sus ordenanzas y sus leyes muy justas; y el rey ni debe, ni quiere, ni puede autorizar entre sus soldados el robo, el asesinato, el estupro, el sacrilegio, la pro-

vocacion, la trampa, la fachenda, la soberbia ni el libertinage, como por desgracia creen muchos de mis compañeros degradados. No señor: el oficial que tiene el honor de militar bajo las banderas del rey, debe ser atento, comedido, bien criado, humano, religioso, y de una conducta de legítimo caballero

Ninguna licencia le permite á U. el rey para ultrajar al paisano de paz, para atropellar su honor ni el de su familia, para hacer una estafa, ni para ser desvergonzado ni provocativo espadachin. Sépase U. amigo, que cuando comete estos delitos, sus cordones, sus charreteras, sus galones ni sus bordados le servirán de otra cosa, sino de hacerlo mas abominable á los ojos de los sabios, de los virtuosos, de sus gefes y de todo el mundo; porque todo el mundo se resiente de la conducta de un pícaro, por mas que tenga la fortuna de pasar por un señor: en tal caso, sus superiores le desairan, sus iguales le abominan, y sus inferiores le maldicen.

Si cualquiera se hace aborrecible con estos vicios, ¿qué será si á ellos añade el ser un blasfemo y un impío, que se

produzca escandalósamente contra nuestra católica religion, religion la mas santa, única verdadera y justificada? ¿No basta ser infractores de la ley? ¿es menester destruir el dogma, burlarse de los misterios, y hacer una descarada irrision de lo mas sagrado, á título de bufones, de necios y de libertinos?

Si por mí lo dices, contestó Tremendo muy enojado: si por mí lo dices, só botarate, hipocriton, mira como te explicas, porque á mí.... pues, ni S. Pedro me ha hecho quedar mal en esta vida. Ya me conoces, chico: cuenta con la boca, porque yo no aguanto pulgas; y por vida del gorro de Pilatos que si me enfado, del primer tajo te he de enviar á buscar el mondongo y la asadura mas allá de la region del aire.

Todos se rieron, como era regular, de la arrogancia de Tremendo; pero Modesto, bastante serio le dijo: anda á pasearte, fanfarron: ¿qué piensas que me amedrentas con tus baladronadas? Estoy seguro de que los mas matones son los mas cobardes.... Eso no, voto á Cristo, dijo Tremendo: el cobarde y habla-

dor tú lo eres, y te lo sostengo de este modo....

Diciendo y haciendo sacó el sable, y Modesto mas ligero que una pluma, sacó tambien el suyo, y se puso en estado de defensa.... Pero dejémoslos con los sables en las manos, reservando la noticia del fin de su reñidísima campaña para el capítulo que sigue, pues este ya va muy largo, y el prudente lector tendrá ganas de fumar, de tomar un polvo, toser ó estornudar, y no será razon impedirle que tomé un poco de resuello.

CAPITULO IV.

Dáse razon del fin de la campaña de Tremendo: desafia este á Catrin, y se trata sobre los duelos.

Con los sables levantados en el aire quedaron nuestros dos bravos campeones en el capítulo pasado; pero no los tuvieron ociosos mucho tiempo. Tremendo tiró un furioso tajo sobre la cabeza de Modesto, quien le hizo un quite muy diestro, pero desgraciado para mí, porque el

sable se deslizó sobre mi hombro izquierdo, y no dejó de lastimarme: yo me irrité como debia; y acordándome de las lecciones que me habian dado mis amigos sobre que no me dejara de nadie, que vengara cualquiera ofensa, por leve que fuese, y que no disculpara la mas ligera falta que contra mi respetable persona se cometiera; acordándome, digo, de estas y otras máximas morales, tan bellas y seguras como las dichas, me encendí en rabia, y como poco acostumbrado al uso del sable, se me olvidó echar mano á él, y afianzando el vaso de aguardiente que tenia delante, lo arrojé á la cara de Tremendo; pero tuvo la fortuna de que se le quebró en el boton del sombrero. y se le introdujo algun licor en los ojos. Entónces dos veces ciego con la cólera y con el alcohol, se enfureció terríblemente, y comenzó á tirar tajos y reveses al monton que Dios crió; pero tantos, tan seguidos y sin órden, que á todos nos puso en cuidado aquel maldito loco.

El alboroto fué terrible: los vasos, escudillas, botellas, mesas y demas muebles del café, andaban rodando por el suelo, y nosotros harto haciamos en defen-

dernos con las sillas. Los pobres dueños de la casa estaban divididos en sus opiniones: unos querian pedir auxilio al cuerpo de guardia inmediato, y otros se oponian porque no les tocara la peor parte.

Los gritos, golpes, bulla y algazara eran insufribles, hasta que por fortuna, dos compañeros tuvieron lugar de afianzar por los brazos á Tremendo: entónces le quitaron el sable, le metieron á lo mas interior de la casa y trataron todos de serenarle, lo que no se pudo conseguir, porque Tremendo toda la furia que tenia con Modesto, la volvió contra mí, y echando votos y maldiciones me maltrató á su placer, y concluyó jurando vengarse á fé de caballero, y satisfacer el ultraje de su honor con la espada en la mano; para lo cual, si tu nacimiento es noble, me decia, y si eres tan valiente en el campo, cuerpo á cuerpo, como en los cafees, rodeado de tus amigos, á las cuatro de esta tarde te espero solo con mi sable en el cementerio de S. Lázaro: sé que no irás porque eres un cobarde; pero con tu miedo me daré por satisfecho, mi honor quedará con lustre, y tú pasarás por un infame entre los ca-

maradas. Diciendo esto, se marchó sin esperar respuesta.

Todos se miraban con atencion. y con la misma me veian á la cara. Yo conocí cuanto significaba su admiracion y su silencio; y aunque es verdad, como que me he de morir, que yo le tenia bastante miedo á Tremendo, y que le hubiera dado todo lo que tenia en el bolsillo porque no me hubiera dasafiado, me avergoncé de haber callado; y haciendo de tripas corazon, les dije: no hay cuidado, amigos, no hay cuidado: está admitido el duelo, á la tarde nos batirémos en el campo. ¿Qué se dijera de D. Catrin Fachenda si en el primer lance público de honor que se le ofrece, manifestara cobardía? No, de ninguna manera huiré la cara al peligro. Bueno fuera que un militar que no debe temer una fila entera de enemigos, tuviera miedo á un paparato hablador como Tremendo. Dos brazos tiene él como yo, un sable llevará tan bueno como el mio, y no ha de dejar á guardar su corazon en su casa como ni yo tampoco.

Puede matarme, y yo tambien puedo matarlo á él, que será lo mas seguro.

Ya le tengo lástima, porque si le acierto el primer tajo así como el vasaso de aguardiente, bien puede ver donde lo entierran.

No dejaron algunos de reirse de mis bravatas; pero todos apoyaron mi determinacion de admitir el duelo, y yo conocí que me consideraron por hombre valiente, de honor y de resolucion; ménos Modesto, quien me dijo: vamos, amiguito, déjese V. de locuras y quijotadas. Hacer un desafio y admitirlo, no prueba el mas mínimo valor Se hacen por venganza, y se admiten por soberbia.

No consiste el honor en la punta de la espada, sino en lo bien ordenado de las costumbres. Mas valor se necesita para perdonar una injuria, que para vengarla: esto todo el mundo lo conoce y lo admira, y la historia nos conserva millares de ejemplos que comprueban esta clase de verdadero heroismo.

Cualquiera alma noble se enternece al oir la generosidad con que José en Egipto perdonó á sus pérfidos hermanos que de muchacho le vendieron á unos mercaderes por esclavo. Mayor parece David cuando perdona á su enemigo Saul la vida

que cuando camina á vengarse de la bárbara grosería del marido de Abigail. Alejandro, César, Marco Aurelio y otros lloraron por la muerte de sus capitales enemigos, sintiendo los dos últimos el no haber tenido la gloria de perdonarlos. Echaban en cara al emperador Teodosio el jóven que era muy humano con sus enemigos; y él respondió: *En verdad que léjos de hacer morir á mis enemigos vivos, quisiera resucitar á los muertos.* ¡Qué respuesta tan propia de un emperador, digno de serlo!

Seria cansaros, amigos, y cargar yo con la nota de un pedante que pretende vomitar de una vez toda su erudicion, si dijera aquí todos los sucesos ilustres de esta clase que se me vienen á la memoria: baste repetir que el perdonar una injuria es mas glorioso, que el vengarla. Por eso dice Dios por Salomon: (1) *El hombre pacífico es mejor que el valiente y animoso; y el que dueño de sí mismo sabe dominar su corazon, vale mas que el conquistador de las ciudades.*

El vencer un hombre á su enemigo puede consistir en una contingencia, que

(1) Prov. 16. &c.

despues se atribuye á valor, habilidad ó fortuna; pero el vencerse á sí mismo prueba sin duda un uso recto de la razon, un gran fondo de virtud, y una alma noble. En ninguna ocasion lucen mejor estos vencimientos que cuando se perdonan las injurias: entónces sí, entónces se conoce la superioridad de una alma grande. Por esto decia el conocido y célebre Descartes: *Cuando me hacen una injuria, procuro elevar mi alma tan alto, que la ofensa no llegue hasta á mí.* Segun esto ¡qué grande no fué el elogio que Cicéron hizo de César cuando dijo *que nada olvidaba sino los agravios que le hacian*! Esta sola expresion en boca del orador Romano, nos retrata la bondad de aquel grande hombre.

Al contrario, el vengativo manifiesta de á legua su vileza y la ruindad de su corazon; verdad que conocieron los gentíles no ilustrados con las luces del Evangelio. *El querer vengarse*, decia Juvenal, *es la seña inequívoca de un ánimo débil y de una alma pequeña.*

Por lo comun los espadachines y duelistas no son sino los mas malvados y groseros con todo el mundo. Ignorantes

de lo que es el verdadero honor. pretenden acogerse á él para vengarse y satisfacer su excesiva soberbia: y si en cualquier ciudadano es abominable este ruin carácter, lo es aun mas en un militar, en quien se debe suponer que no ignora lo que es honor verdadero ni las leyes de la buena educacion que nos prescriben ser atentos, afables y prudentes con todos.

Con razon Teodorico escribia á sus militares pendencieros: »Volved vuestras »armas contra el enemigo, y no os sir»vais de ellas los unos contra los otros. »Jamas unas querellas poco importantes »en sí mismas os conduzcan á excesos re»prensibles. Someteos á la justicia que ha»ce la felicidad universal. Dejad el acero »cuando el estado no tiene enemigos, pues »es un gran crímen levantar la mano con»tra los ciudadanos por cuya defensa »seria glorioso exponer la vida.»

Yo, compañeros, conozco que tal vez os habrá disgustado mi larga arenga; pero dispensadme, pues todos mis esfuerzos se dirigen á que el caballero D. Catrin prescinda. como debe, del duelo para que está citado, y que viva en la inteligencia de que nada pierde por esto del buen con-

cepto que se merece entre nosotros.

Eso no puede ser, dije yo, porque será pasar por un cobarde y un infame en la opinion de Tremendo.

Lo contrario será si U. admite el desafio, me contestó Modesto: en tal caso sí será U. un infame por las leyes y un excomulgado por la Iglesia, que negará aun un lugar sagrado á su cadáver si muriere en el desafio.

Como militar nuevo aun no habrá visto U. la real pragmática sobre este punto; pero por fortuna tengo en el bolsillo el tomo 3.º de las Ordenanzas militares donde se halla, y se le he de leer á U. toda aunque no quiera, para que no alegue ignorancia, ni me culpe si yo lo denuncio, caso de que persista en su intencion de admitir el desafio que le han hecho. Oiga U.

»D. Felipe &c. (Aquí nos encajó toda la cédula al pie de la letra) y luego prosiguió.

No puede estar mas clara la benéfica intencion del legislador en beneficio de la humanidad. Ni solo en España se ha hecho abominable la maldita costumbre de los duelos, nacida desde tiempos atras entre las naciones bárbaras y feroces del

norte. Gustavo Adolfo, su primer conquistador, el que trató de reducir á aquellas gentes á la mejor civilizacion, en el siglo XVI, sabiendo que los duelos comenzaban á hacer destrozos en su ejército, los prohibió con pena de muerte. Sucedió, dice el abate Blanchard, que dos de sus principales oficiales se desafiaron, y pidieron al rey licencia para batirse cuerpo á cuerpo. El rey al pronto se indignó de la proposicion; pero sin embargo, consintió en ella, añadiendo que queria ser testigo del duelo. Fué á él con un pequeño cuerpo de infantería que colocó al rededor de los dos valientes, diciéndoles: *Vamos; firme, Señores: combatid ahora mismo, hasta que uno de vosotros dos caiga muerto.* A seguida hizo llamar al verdugo del ejército, y le dijo: *al instante que muera uno de los dos, córtale al otro la cabeza delante de mí.* Esto bastó para que reconociendo ambos su soberbia necedad, implorasen el perdon del rey, reconciliándose para siempre, y dando con este ejemplar una leccion tan eficaz en la Suecia, que desde entónces no se oyó hablar mas de los duelos en el ejército. (1)

(1) Blanchard, Escuela de las costumbres.

¡Cáspita en la sentencia! dijo Taravilla: ese era el juego del gana pierde, pues en riñendo, los dos morian; mas no se puede negar que la intencion del rey fué buena, pues no quiso que muriera ninguno.

Con esto se concluyó nuestra sesion; porque dieron las dos de la tarde, y cada uno nos despedimos para irnos á comer á nuestras casas.

Yo llegué á la mia: comí con inquietud, porque cuanto dijo Modesto lo tuve por un efecto de cobardía; y resuelto á admitir el duelo, apénas me tiré en la cama un corto rato para pasar la siesta, y sin dormirme, pues estaba pendiente del relox.

Dieron las tres y media, y al instante me levanté, tomé mi sable, marché para S. Lázaro, encontré con Tremendo, reñimos y quedamos amigos, como veréis en el capítulo que sigue.

CAPITULO V.

Largo pero muy interesante.

HALLÉ á Tremendo paseándose frente del cementerio de S. Lázaro: su vis-

ta, su cuerpazo, sus grandes bigotes y la soledad del campo me infundieron tanto temor, que las rodillas se me doblaban, y mas de dos veces estuve por volver la grupa; pero él me habia visto, y mi honor no debia quedar mal puesto en su opinion.

Con esta consideracion y acordándome que á los atrevidos favorece la fortuna; que quien da primero da dos veces, y que toda la valentía que para estos casos se requiere, es resolverse á morir ó matar á su enemigo al primer golpe, me acerqué á Tremendo con mi sable desnudo, y á distancia de doce pasos le dije: defiéndete, cobarde, porque va sobre tí todo el infierno.

El fuerte grito con que pronuncié estas palabras, el denuedo con que corrí á embestirle, los muchos tajos, reveses y estocadas que le tiré sin regla, la ninguna destreza que él tenia en el manejo de su arma, y mi atrevida resolucion para morir impusieron á Tremendo de tal modo, que ya no trataba de ofenderme, sino de defenderse sólamente.

Sosiégate, chico, me decia, sosiégate: si todo ha sido broma por verte y

y conocer tu valor; pero yo soy tu amigo, y no quiero reñir con seriedad.

Por estas sus expresiones advertí que me habia reconocido alguna superioridad sobre su sable; pero acordándome que donde las dan las toman, y que á veces el miedo acosado hace prodigios de valor, como lo acababa de hacer conmigo, me resolví á ceder, pues ya mi honor quedaba en su lugar, y el formidable Tremendo se me daba á partido.

Me retiré tres pasos atras, y con un tono harto grave le dije: yo dejo de reñir porque me protestas tu amistad; pero para otro dia no te chancées con tanto peligro de tu vida.

Tremendo me ratificó de nuevo su cariño: los dos juramos sobre nuestras espadas no decir á nadie lo que habia pasado: envainamos los sables, nos abrazamos estréchamente, nos besamos en los carrillos, y nos fuimos al café muy contentos. En esto paró nuestro terrible desafio.

En el camino le conté todo lo que habia dicho Modesto acerca de los duelos, y cómo están *desaforados* los militares y caballeros de órdenes que desafiaren, admitieren el desafio, ó intervinieren en él

de cualquier modo, con la pena de aleves y perdimiento de todos sus bienes; y que si tenia efecto el desafio, aunque no haya riña, muerte, ó herida, con tal que se verifique que han salido al campo á batirse, sean castigados, *sin remision alguna*, con pena de muerte.

Todo esto sabia yo, me respondió Tremendo; y por eso quise excusar la riña sin herirte, si no ¡voto á Cristo! que en la salida que hiciste sobre la izquierda te pude haber tirado la cabeza sobre las hastas de Capricornio; pero soy tu amigo, tengo mucho honor, y solo te desafié por una chanza, y por experimentar si eras muchacho de valor. Ahora que sé que lo tienes, seré tu amigo eterno, y á los dos juntos no nos acobardarán todas las furias del infierno desatadas en contra nuestra. Pero te advirto que tu amistad no la dediques sino á mí, á Precioso, á Taravilla, á Tronera y á otros semejantes; y de ningun modo á Modesto, á Prudencio, á Constante, á Moderato, ni á otros oficiales hipócritas y monos de que por desgracia abunda nuestro regimiento.

Estos jóvenes tontos y alucinados por los frailes, te predicarán como unos mi-

sioneros apostólicos, llenarán tu cabeza de ideas sombrías y pensamientos fúnebres; pero no seas bobo: acompañate con mozos festivos y corrientes como yo, si es que quieres pasarte una vida alegre y sin tormentos.

Entretenidos con estos santos coloquios, llegámos al café. Luego que nuestros camaradas nos vieron, manifestaron su alegría; porque como presenciaron el desafio, y no nos habian visto en la tarde, creyeron que ya nos habiamos hecho pedazos en el campo.

Nos preguntaron por el éxito de nuestro duelo, y respondió Tremendo que todo no habia pasado de una chanza: porque jamas tuvo intencion de reñir conmigo á sangre fria. Todos se mostraron gustosos por el buen remate del desafio, y despues de tomar café, nos separamos.

Dos años viví contento, aprendiendo mil primores de mis amigos Tremendo y compañeros. Sus máximas para mí eran el evangelio, y sus ejemplos la pauta por donde reglaba mis costumbres.

En pocos dias me dediqué á ser marcial, á divertirme con las hembras y los naipes, á no dejarme sobajar de nadie,

fuera quien fuera, á hablar con libertad sobre asuntos de estado y de religion, á hacerme de dinero á toda costa y á otras cosas como estas, que en realidad son utilísimas á todo militar como yo.

Los oficiales Modesto, Justo, Moderato y otros fanáticos alucinados como ellos, me molian cada instante con sus sermones importunos, en los que me decian que las máximas que yo adoptaba y las costumbres que trataba de imitar eran erróneas y escandalosas; que con el tiempo no sería sino un libertino, jugador, provocativo, estafador, desvergonzado, atrevido y blasfemo: que viera que cuanto mayores grados tuviera en el servicio del rey, tantas mayores obligaciones tenia de ser buen caballero y buen cristiano, pues lo que en el soldado raso se castiga con prision ó vaquetas, en el cadete ú oficial se debe castigar con pena mas grave, pues en este se deben suponer mejores principios, mayor ilustracion, y de consiguiente mas honor y mas obligacion.

Estas y otras mil cosas me decian, y las contrarias mis amigos. Estos me repetian que eran simplezas, hipocresías

y faramallas. Rie con los que rien, me decia Taravilla: ¿acaso las leyes del magistrado, las reglas del fraile, y los estatutos de las cofradías son lo mismo que las ordenanzas militares. No lo creas aunque te lo juren. El militar, así como en el trage, se debe diferenciar en proceder del letrado, del fraile, del oficinista, del labrador, del artesano, del comerciante, del eclesiástico, y de toda clase de paisano. ¿Habrá gusto como seducir una casada, engañar á una doncella, dar dos cuchilladas á un fanático, burlarse de la justicia de uno de estos que se dicen arreglados, pegar un petardo á un avariento, mofarse de un hipócrita y hablar con magisterio aun de lo que no entendemos? Vaya, Catrin, tú tienes poco mundo, y no conoces el siglo ilustrado en que vives. Riete, riete una y mil veces de las necedades de algunos oficiales compañeros mios, que procuran con sus boberías hacerte monge capuchino con cordones en el hombro. Es verdad que en el regimiento todos los quieren, que sus gefes los aprecian, que los paisanos tontos los admiten en sus casas, y que ellos están envanecidos con estos obsequios aparentes;

pero en realidad ¿qué son sino unos serviles complacedores del gusto de los santuchos y moralistas rígidos? Pero tú, amigo, no, no te repliegues en tan estrechos límites: ensánchate, expláyate, diviértete al modo de los que llaman *libertinos*: no haya muchacha que no sea víctima de tu conquista: no haya bolsa segura de tus ardides: no haya virtud libre de tu fuerza, ni religion ni ley que no atropelle tu lengua, ayudada de tu ilustradísimo talento, y entónces serás el honor de los Catrines y la gloria de tu país.

Como mi corazon siempre ha sido muy dócil, aproveché estas lecciones grándemente. Dí de mano á los importunos predicadores, me entregué del todo á los placeres, y me pasé dos años.... ¡ah qué dos años! los mas alegres que se pueden imaginar.

Dentro de pocos dias, gracias á los saludables consejos y edificantes ejemplos de mis amigos, dentro de pocos dias ya echaba yo un voto y veinte desvergüenzas con el mayor desembarazo, me burlaba de la religion y sus ministros; y el jugar mal, quitar un crédito y hacer otras cosillas de estas, me parecian ligerezas, puntos de

honor y urgencias de la necesidad.

Si el primer año de esos dos fué bueno, el segundo fué inmejorable, porque á sus principios se le puso á mi padre en la cabeza la majadería de morirse, y se salió con ella: mi madre no tuvo valor para quedarse sola, y dentro de un mes le fué á compañar al campo santo.

Increible es el gusto que yo tuve al verme libre de ese par de viejos regañones, que aunque es verdad que me querian mucho, y jamas se oponian á mis ideas, sin embargo no sé qué contrapeso me hacian con su encierro y caras arrugadas. Es verdad que algunas malas lenguas dijeron que yo los habia matado á pesadumbres; pero fué una calumnia de gente maliciosa, pues yo siempre he sido hombre de bien, como habeis visto y seguiréis viendo en el discurso de mi vida.

Algunas alhajitas, ropa y muebles me dejaron mis padres, y como cosa de quinientos pesos en moneda corriente, lo que jamas agradecí, pues no teniendo arbitrio para llevárselo, era preciso que se lo dejaran á su buen hijo.

Luego que pasaron los nueve dias, se convirtió mi casa en una Arcadia. To-

dos mis amigos y mis parientes los catrines me visitaban á porfia; los almuerzos y juegos eran frecuentes; las tertulias eran la diversion favorita de todas las noches: á ellas concurrian mis camaradas así militares como paisanos, y un enjambre de muchachas corrientes y marciales, de las cuales las mas eran de título, aunque no de castilla; pero en fin, cantaban, bailaban y nos divertian á nuestro antojo.

Se deja entender que yo erogaba los mas de los gastos ordinarios; y aunque veia que se me arrancaba por la posta, no se me daba cuidado, porque mis amigos decian que yo era muy liberal y generoso, que lo que me faltaba era dinero; pero que tenia unas partidas excelentes.

En medio de estas alabanzas se me arrancó de cuajo, y por la friolera de cuatro ó cinco meses que debia de arrendamiento, se presentó el casero al coronel, y logró que le desocupara la casa, con lo que cesó de una vez la diversion.

Un gollorin y un baul viejo, fueron los únicos muebles que saqué, porque los demas, que eran pocos y malos, se quedaron por la deuda. Yo me refugié á la

casa de Taravilla, que era una viviendita en casa de vecindad.

Desde esta época comenzaron mis trabajos, porque ni él ni yo teniamos blanca. El pan de cada dia era lo que ménos trabajo nos costaba buscar, porque teniamos muchas visitas, y en unas almozábamos, en otras comíamos, y cenábamos en otras, tomando café algunas veces con los amigos; pero el lujo necesario á nuestra clase y que no podiamos sostener, nos era el tormento mas insoportable, especiálmente para mí que no contaba sino con once pesos de sueldo, que no alcanzaba con ellos ni para botas.

En medio de esta consternacion ví en un balcon una muchacha como de diez y nueve años, flaca, descolorida, con dos dientes ménos, de nariz roma, y con una berruga junto al ojo izquierdo del tamaño de un garbanzo grande.

Como estaba muy decente y en una gran casa, la saludé por ver lo que salia, y ella me correspondió con agrado.

No me fué su cariño muy lisonjero por su mala figura; pero contándole á mi compañero el lance, me dijo: ya tomaras el que esa muchacha te quisiera: tu

felicidad en ese caso seria bien segura; porque esa fea es hija de D. Abundo, viejo muy rico, y desde que nació la está dotando su padre con mil pesos anuales, de manera que tiene tantos miles cuantos años. Ya apetecieras que se casara contigo aunque tuviera cincuenta años, pues llevaria á tu lado cincuenta mil pesos. Sin embargo, diez y nueve ó veinte mil no son tercios de paja; y así tírale seguido, y no seas bobo.

Animado yo con tan favorables noticias, me dediqué á cortejarla sin recelo. Mis paseos por su calle eran frecuentes, y ella siempre correspondia mis salutaciones con agrado.

Llegué á escribirla, y tambien me escribió: tal cual vez le envié con una criada unas naranjas, un pañuelo de uvas y otros regalos semejantes, porque no podia hacerlos mejores: ella los admitia con cariño y me los correspondia con liberalidad. Una ocasion me envió un bulto de estopilia, y otra una caja de polvos de oro.

Semejante proceder me enamoraba mas cada dia, y ya contaba yo con la polla en el plato. Es cierto que su mal cuerpo y peor cara me eran repugnantes;

pero ¿qué no se debe disimular, decia yo á mi casaca, por veinte mil duros? Con mil ó dos mil pesos dándole cuanto gusto quiera, la entierro en un año, y me quedan libres diez y ocho.

Con este pensamiento le traté de boda, y ella me dijo que estaba corriente; pero que hablara á su padre sobre ello por medio de una persona de respeto.

Demasiado conocimiento tenia yo de mi mérito para valerme de embajadores que echaran á perder mi negocio; y así yo mismo fuí á su casa, y cara á cara le dije á su padre mis santas intenciones.

El perro viejo me oyó con harta calma, y me dijo: amigo, es verdad que yo le agradezco á U. mucho que ame á mi hija con el extremo que me ha pintado; pero ya la ha visto bien: es feisita; y si yo que soy su padre lo conozco, ¿como U. no lo ha de conocer?

La naturaleza le negó sus gracias, pero la fortuna la ha dotado de bienes. Algunos pesos tiene para subsistir sin casarse, y aun para hacerse tolerable á un buen marido, si fuere de su vocacion el matrimonio.

Si está de Dios que U. lo sea, lo

será sin duda alguna; pero es menester que no sea muy pronto; sino que ambos dejen pasar algun mas tiempo para examinar bien su vocacion.

Con estas palabritas me despidió el viejo, diciéndome que volviese al fin de un mes, á saber qué habia pensado su hija. Yo me desesperé; pero me fué preciso condescender.

Entre tanto, supe que se informó despacio de quien era yo, y cual mi conducta, la que no le acomodó, porque cuando volví á verlo, me recibió con desagrado, y redóndamente me dijo que no daria á su hija á ningun hombre de mis circunstancias, porque no pensaba en hacerla infeliz.

Me incomodé bastante con tan agria respuesta, no debida á un caballero de mis prendas; propuse vengarme de D. Abundo hurtándole la hija; propuse á esta la fuga: la admitió; concertamos el plan, y en la noche destinada para el robo me entré á la casa, me metí dentro de un coche que estaba en el patio, y envié á avisar á Sinforosa, que así se llamaba la chata.

A pocos minutos bajó ella con un

baulito de alhajas y dinero, al que solo tuve el gusto de tomarle el peso. Ya estaba conmigo en el coche, esperando la mejor coyuntura para marcharnos, cuando hé aquí que sin saber cómo, se nos presenta el maldito viejo con una pistola en una mano, acompañado de un dependiente que llevaba un farol con harta luz.

Cada uno tomó un estribo del coche: el viejo miró á su hija con ojos de serpiente pisada, y le dijo al cajero: llevese U. á esta loca allá arriba, y haga lo que le he mandado. Al punto bajó la triste chata llorando y se fué con el dependiente.

Luego que el viejo se quedó solo conmigo me dijo: salga de ahí el pícaro seductor: vaya, salga. Yo no tenia ni tantitas ganas de salir: no sé donde se me escondieron mis brios. El diablo del viejo conoció mis pocas ganas de reñir, y aprovechándose de lo que le pareció temor, me afianzó del pañuelo, me dió dos ó tres estrujones, me arrancó de la almohada, y me hizo salir del coche á gatas y todo desaliñado.

Yo, al verme maltratar de un viejo como aquel, quise echar mano á mi espa-

da; pero ¡qué fuerzas tenia el achicharronado señor! apénas lo advirtió, cuando me dió tan soberbio tiron que me arrojó á sus pies contra mi voluntad. Entónces le dije: advierta U. amigo, que no me trate tan mal, porque yo soy un señor cadete que ya huelo á abanderado, y soy á mas de esto, el caballero D. Catrin, hombre noble y muy ilustre por todos mis cuatro lados; y si ahora respeto sus canas, mañana revolveré mis ejecutorias y mis árboles genealógicos, y verá U. quien soy, y que lo puedo perder con mas facilidad que un albur á la puerta.

Algo se intimidó el perro viejo, si no es que me dejó porque se cansó de darme de patadas. Lo cierto es que me soltó diciéndome: váyase enhoramala el tuno, bribonazo, sinvergüenza: qué caballero ha de ser ni qué talega. Si fuera noble, no obrara con vileza; pero ya me dijo quien es: sí, D. Catrin, ya, ya sé quienes son los Catrines. Márchese de aquí, quítese de mi vista ántes que le exprima esta pistola.

Yo, por evitar cuestiones, me salí, y á mi compañero no le quise contar un lance tan vergonzoso; porque no habia de

creer que mi poco enojo habia sido efecto de mi grande prudencia, sino de mi mucha cobardía, y era muy regular que se espantara al ver que quien no habia temido á Tremendo con su espada, temiera á un viejo chocho despreciable.

Sin embargo de mi silencio, yo en mi enterior juré vengarme de él y llevar, en caso necesario una compañia de granaderos para el efecto.

Tales eran mis intenciones aun al dia siguiente; pero como muchas se frustran, se frustraron las mias en un instante

A las ocho de la mañana, hora en que aun no pensaba en levantarme de la cama, tocó la puerta un soldado ordenanza, le abrió mi compañero, entró, y me dijo que el coronel me esperaba dentro de media hora.

Yo, creyendo que me queria hacer saber mi nuevo ascenso de alférez, me vestí muy contento y fuí á verlo.

Me recibió con una cara de vinagre y me dijo: ¿qué, U. ha pensado que el ser militar es lo mismo que ser un pícaro declarado, sin freno, sin ley y sin rey? Ya no puedo sufrir las repetidas quejas que me dan de su mala conducta; y

tengo hechas con U. cuantas diligencias me ha dictado mi obligacion.

Todo ha sido en vano: U. léjos de reformarse, de asistir á las academias y asambleas, de separarse de los malos amigos, y de portarse como un oficial de honor, no ha hecho sino abusar de mi prudencia, escandalizar á los buenos, exceder en tunante á los malos, y mañana me pervertirá á los mas arreglados.

Bien se acuerda U. del pasage de anoche: no quiero referírselo, porque yo mismo me avergüenzo; pero tampoco quiero que permanezca en mi regimiento un bicho tan insolente y atrevido como U.; y así dentro de tres dias solicite su licencia absoluta; y si no lo hace, se expone á un bochorno y á salir del regimiento con todo deshonor. Conque haga U. lo que quiera, y vaya con Dios. Diciendo esto tomó su sombrero y su baston, y se marchó para la calle, dejándome con la palabra en la boca.

Lleno de confusion me salí de su casa, y me fuí para la mia. Consulté mis cuidados con mis amigos, y todos me aconsejaron que pidiera mi licencia; porque si no el coronel me desairaria, y me

cogería á cargo hasta echarme conforme á ordenanza, por vicioso é incorregible.

Me fué muy pesado allanarme a tomar este consejo; pero conociendo que si queria me salia del regimiento, y si no me echaban, adopté el partido de salirme ántes que otra cosa sucediera.

Con esta determinacion solicité mi licencia, la que se me facilitó muy pronto, y cátenme ustedes de paisano; trasformacion que no me agradaba ni tantito; pero ya no habia mas remedio que conformarme con mi suerte, y continuar mi carrera segun se proporcionara.

Así lo hice, y así lo veréis en el discurso de esta grande, sublime y verdadera historia.

CAPITULO VI.

En el que se verá como empezó á perseguirlo la fortuna, y los arbitrios que se dió para burlarse de ella.

Apenas me quedé en el aire, sin ser letrado, militar, comerciante, labrador, ar-

tesano ni cosa que lo valiera, sino un paisano mondo y lirondo, cuando me volvieron la espalda mis antiguos camaradas los oficiales.

Ninguno de ellos me hacia el menor aprecio, y aun se desdeñaban de saludarme: tal vez seria porque estaba sin blanca, pues en esos dias mi trage no era indecente, porque con lo que saqué de mi uniforme que vendí, compré en el parian un fraquecillo azul, un sombrero redondo, un par de botas remontadas, un relox en veinte reales, una cadena de la última moda en seis pesos, una cañita y un pañuelo.

Aun tenia un par de camisas, dos pantalones, dos chalecos y dos pañuelos blancos, con lo que me presentaba con decencia.

Mi camarada Taravilla me despidió políticamente de su casa, diciéndome que no era honor suyo tenerme á su lado despues de lo que se hablaba de mí, y hemos de estar en que él era quien hablaba mas que nadie; pero añadió: ya ves, hermano, que el coronel te tiene en mal concepto, y si sabe que vives conmigo, dirá que yo soy lo mismo que tú; me

traerá entre ojos y se me dificultarán mis ascensos. Conque múdate, tata, y múdate de hoy á mañana.

Yo que tengo bastante talento para conocer todas las cosas, conocí que él temia perder la poca gracia que tenia con el coronel: juzgué que le sobraba la razon, y tomé un cuartito que me ganaba doce reales en la calle de Mesones. Mudé en un viage todos mis muebles, y me despedí de Taravilla.

Solo yo en mi casa, con suficiente ropa y decencia, estaba muy contento, cuando me acordé que no tenia ni para desayunarme al dia siguiente. En esta consternacion recurrí á mis antiguos arbitrios: me fuí á un café, me senté en una silla, llegó un mozo á preguntarme qué tomaba; le dije que nada hasta que llegara un amigo que estaba esperando.

En efecto, el primero que llegó fué mi amigo; porque lo comencé á adular tan seguido y con tanta gracia, que él, pagado de ella, me ofertó café, y yo admití sin hacerme del rogar.

A seguida le conté mil mentiras, asegurándole que entre mis trabajos lo mas que sentia era tener una hermana jóven

y bien parecida, á la que estaba en obligacion de sostener miéntras se ganaba cierta herencia que le pertenecia, pues á mas de ser su hermano era su apoderado; pero que por fortuna ya el negocio presentaba buen semblante, segun decia nuestro abogado, y seria cosa de que dentro de dos meses nos entregarian lo ménos seis mil pesos. En este caso, decia yo al nuevo amigo, pagaré algunos piquillos que debo, y procuraré casar á mi hermana con algun hombre de bien, aunque sea pobre, con tal que su sangre sea tan buena como la mia; porque ya U. sabe que la generacion de los catrines es tan numerosa como ilustre.

Y cómo que sí es, contestó el amigo: yo por dicha mia soy de la misma raza, y me glorío tanto de serlo, que no me cambio por el mas noble señor del mundo entero.

Entónces yo, levantándome de la silla y dándole un estrechísimo abrazo, le dije: celebro esta ocasion que me ha proporcionado conocer un nuevo pariente. Yo soy quien gano en ello, señor mio, me respondió, y me dió mil parabienes, ofreciéndome todos sus arbitrios y per-

sona: me juró que su amistad seria eterna; pero que me rogaba que lo tratara con toda satisfaccion, pues él la tenia en ser un legítimo catrin, deudo, amigo y compañero mio.

No contento con prodigarme tantas expresiones cariñosas, hizo llevar aguardiente, y no poco. Bebimos alégremente; y luego que el áspero licor envió sus ligeros espíritus á la cabeza, comenzó á contarme la historia de su vida con tanta ingenuidad y sencillez, que en breve conocí que era un caballero ilustre, rico, útil á la sociedad, de una conducta irreprensible.... en fin, ni mas ni ménos como yo; y como *pares cum paribus facilè congregantur*, ó cada oveja con su pareja, para que ustedes lo entiendan, luego que yo supe quien era y tan á raiz, lo confirmé en mi amistad, y le dije que pondría en sus manos todos mis asuntos.

Él manifestó su gratitud con otro medio cuartillo del rebajado, y desde el primer nuevo brindis nos tratamos de *tú*, con lo que se acabó de asegurar nuestra amistad.

A este tiempo entraron cuatro ó cinco caballeritos de fraques, esclavinas y

ridículos, unos muy decentes, y otros decentes sin el muy.

Saludaron todos á Simplicio, que así se llamaba mi nuevo amigo, y lo saludaron con bastante confianza y á mí con mucho cumplimiento: se sentaron con nosotros, bebieron de nuestros vasos, y en un momento supe que todos eran mis parientes.

Yo manifesté mi alegría al ver cuan dilatada era mi generacion, pues en todas partes encontraba Catrines tan buenos como yo.

En aquel momento quedamos todos amigos. Uno de ellos, sin ninguna ceremonia, dijo á Simplicio: vaya, hermano, haz que nos traigan de almorzar, pues tú estás de vuelta y nosotros arrancados. Hoy por mí, y mañana por tí.

Simplicio era franco, tenia dinero, y así no fué menester segunda instancia. Mandó llevar el almuerzo, y habilitamos nuestros estómagos á satisfaccion, especiálmente yo que almorcé á lo desconfiado, por si no hallaba donde comer al medio dia.

Luego que se acabó el almuerzo, se despidieron los amigos, y Simplicio me

dijo que queria conocer á mi hermana, que le llevara á casa, si es que lo habia figurado hombre de bien y digno de ser su amigo.

Aquí fueron mis apuraciones, porque yo no tenia hermana ni cosa que se le pareciera. No tuve mas arbitrio para excusarme, sino decirle que me parecia muy bien su deseo, y desde luego lo cumpliera si no hubiera yo tomado tanto aguardiente, pues mi hermana vivia conmigo y una tia muy escrupulosa, que si me olia me echaria tan gran regaño que me haria incomodar demasiado, y al mismo tiempo juzgaria que el nuevo amigo tenia la culpa y era un pícaro que se andaba embriagando por las calles, enseñando á borracho á su sobrino; y así que mejor seria que fuera á conocer á mi hermana al dia siguiente. Simplicio se convino de buena gana, pues ya le parecia que mi hermana era muy bonita, que ganaba el pleito, se casaba con ella, y tenia tres ó cuatro mil pesos que tirar.

Yo advertí lo bien que me habia salido mi arbitrio, traté de llevarlo adelante y aprovecharme de él.

Desde luego le dije que por haber-

me estado en su amable compañia habia perdido la mañana, y no tenia nada que llevar á mi casa, que me prestara un par de pesos sobre mi relox. Quita allá, me dijo: ¿yo habia de recibir ninguna prenda á un amigo, á un deudo y compañero que tanto estimo? toma los dos pesos, y mira si se te ofrece otra cosa.

Embolsé mis dos duros muy contento, lo cité para la mañana siguiente en el mismo café, y nos despedimos.

No quise comer por no descabalar mis dos pesos; pero por pasar el rato me fuí á un villar, donde por fortuna mia estaba un chanfla con quien jugué y le gané cinco pesos.

A las cuatro de la tarde me salí á buscar entre mis antiguas conocidas alguna muchacha que quisiera ser mi hermana, y alguna vieja que desempeñara bien el papel de tia.

En vano recorrí mis guaridas: ninguna de mis amigas quiso hacerme el favor, por mas que yo les pintaba pajaritos. Todas temian que yo les queria jugar alguna burla.

Cansado de andar, y desesperado de

salir con bien de la empresa, determiné irme á tomar chocolate, como lo hice.

Estaba yo tomándolo, cuando entró una muchacha, no indecente ni de malos bigotes, acompañada de una vieja. Se sentaron en la mesita donde yo estaba: me saludaron con mucha cortesia: les mandé llevar cuanto pidieron, y de todo ello resultó lo que yo deseaba: la jóven se comprometió á ser mi hermana, y la viejecita mi tia.

Ya se deja entender que eran unas señoras timoratas, y no podian sospechar de un caballero como yo que abusara de tan estrecho parentesco, y así no tuvieron embarazo para ofertarme su casa, y yo quise honrarme con su buena compañia.

Quisieron ir al coliseo; las llevé, y concluida la comedia fuímos á cenar y despues á su casa.

Innumerables sugetos la saludaron en la calle, en el teatro y en la fonda con demasiada confianza, y yo me lisonjeaba de haberme encontrado con una hermana tan bonita y tan bien quista

Llegamos al fin á su casa, y no me hizo fuerza que esta fuera una triste ac-

cesoria, ni que los muebles se redujeran á un canapé destripado, á un medio petate, una memela ó colchoncillo sucio, y un bracerito de barro en el que estaba de medio lado una olita de á tlaco con frijoles quemados.

Ya sabia yo que esta clase de señoritas, por mas lujosas que se presenten, no tienen, casi siempre, mejores casas ni ajuares.

Yo entré muy contento, y la buena de mi tia no permitió que durmiera en el canapé, porque tenia muchas chinches; y así, quise que no quise, acompañé á mi hermana porque no me tuvieran por grosero y poco civilizado.

En esa noche la instruí en el papel que debiamos todos representar con Simplicio, y al dia siguiente las mudé á mi casa, despues de haber pagado catorce reales que adeudaban de arrendamiento de la que tenian.

Luego que las dejé en mi cuarto, marché á buscar á mi querido amigo, á quien hallé desesperado de mi tardanza.

Tomamos café, y nos fuimos á casa, en donde fué Simplicio muy bien recibido de mi afligida hermana, quien le con-

tó tantas bonanzas futuras y miserias presentes, que excitando su compasion y su avaricia, por primera visita le dejó cinco pesos, y se fué.

Ella quedó enamoradísima de la liberalidad de Simplicio, y éste lo mismo de la hermosura de Laura, que así se llamaba mi hermana.

A la tarde volvió Simplicio, y de bueno á bueno trataron de casarse luego que se ganara el pleito. Con esta confianza comenzaron á tratarse como marido y muger, lo que no nos pareció mal ni á mí ni á la tia, pues no advertiamos la mas mínima malicia en que retozaran, salieran á pasear y se divirtieran; al fin eran muchachos: Simplicio costeaba el gasto, y á todos nos grangeaba el pobrecito.

Dos meses, poco mas, me pasé una vida que me la podia haber envidiado el rico mas flojo y regalon; porque comia bien, dormia hasta las quinientas, no trabajaba en nada, que era lo mejor, tenia tia que me atendiera, y hermana bonita que me chiqueara al pensamiento.

A mas de esto, iba al café, no me faltaban cuatro reales en la bolsa, y me

aprovechaba de los casi nuevos desechos de Simplicio; porque este, á mas de que era liberal, y estaba muy apasionado por Laura, era hijo de una madre con algunas proporciones, y tan amante como la mia, y le daba gusto en todo.

Laura, ya se deja entender, que no se descuidaba en su negocio, ni tampoco la respetable tia. Todos estábamos contentos, y no muy mal habilitados de ropa; mas ¡ó lenguas malditas y descomunales! Simplicio contó cuanto le pasaba con su futura novia á Pedro Sagaz, amigo y pariente mio; y este malvado, deseoso de conocer á mi hermana, le rogó que le llevara á su casa, cuando yo no estuviera en ella.

Así lo hizo el tonto de Simplicio; pero apénas conoció Sagaz á Laura, cuando le dijo: hombre tontò, salvage, majadero; ¿de qué te sirve ser catrin, ó marcial, tuno, corriente y veterano? Esta es una cuzquilla conocida y comun, hija del difunto maestro Simon, que tenia su barberia ó raspaduria en la plaza del Volador. En su vida pensó en ser parienta de Catrin, y mucho ménos de tener plei-

tos por dinero que no ha conocido sino ahora con sus comercios.

Catrin es un bribon, y se ha valido de estas perras para estafarte, y si te descuidas, entre los tres te dejan sin camisa.

Al oir Simplicio semejante denuncia, que calificó de verdadero el silencio de Laura y de la vieja, se irritó tanto, que las arrebató, les dió una buena entrada de golpes, y no contento con esto salió á la calle amenazándolas con la carcel.

Las pobres temieron las resultas; se mudaron en el instante, llevándose sus muebles, pero habiendo tenido la heroicidad de dejarme los mios; bien que estaban tales que ni para robados servian.

Me dejaron noticia de todo lo acaecido, la llave del cuarto, y se mudaron en un viage.

Apénas se habian ido, entré yo, me hallé con la novedad, porque la casera me impuso de todo muy bien; y yo temiendo no pagaran justos por pecadores, satisfice lo que debia de renta, llamé un cargador, y me mudé tambien al primer cuarto que encontré.

De esta manera concluyeron nues-

tros felices dias, y desde que me ví sin hermana, ni tia ni amigo, comenzaron de nuevo mis trabajos.

Como la hambre me apretaba, cuando no hallaba donde echarme de huérfano á beber chocolate, comer &c., tenia que valerme de los trapillos que me habia dado Simplicio. ¡Válgame Dios y lo que me hacian desesperar los tenderos con sus cicaterías y mezquindades! Sobre lo que valia diez pesos me prestaban doce reales con mil pujidos, y esto era cuando les daba la gana, que cuando no estaban para el paso, me quedaba con mi necesidad y con mi prenda.

En estas y las otras, como era fuerza comer por mis arbitrios así que no hallaba donde me hicieran favor, me quedé encueros en dos por tres; y conozco que si yo mismo hubiera hecho mis diligencias de empeñar y vender mis cosillas, algo mas hubiera aprovechado: pero esto no podia ser. ¿Cómo un D. Catrin de la Fachenda habia de empeñar ni vender nada suyo y por su propia mano? Semejante conducta habria ajado mi honor, y malquistádome en todo mi linage.

Forzoso era valerme de otras gen-

tes ruines para estas diligencias: ¿y qué sucedió? que por lo que daban seis, me decian que no pasaban de cuatro: otros se iban con el trapo para siempre: otros recargaban las prendas: otros empeñaban mi ropa, y yo no sabia donde. Ello es que en pocos dias, como he dicho, me quedé peor que cuando encontré á Simplicio; de la noche á la mañana no tuve necesidad de lavandera, porque no tenia camisa. Estas sí que fueron ansias para un caballero como yo.

Afligidísimo al verme con un fraquecillo raido y con los codos remendados, un pantalon de coleta desteñida, un chaleco roto; pero de cotonia acolchada, un sombrero mugriento y achilaquilado, unas botas remontadas, tan viejas que al andar se apartaban las suelas como las quijadas de un lagarto, y nada mas; consternado, digo, por esto y por no tener que comer, ni casa que visitar, pues los trapientos no caben en ninguna parte, me valí de mi talento: pensé en aprovecharme de los consejos y ejemplos de mis amigos, y emprendí ser jugador, porque el asunto era hallar un medio de comer, beber, vestir, pasear y tener dinero sin

trabajar en nada; pues eso de trabajar se queda para la gente ordinaria. El juego podia proporcionarme todo á un tiempo; y así no habia sino abrazar este partido.

Lo puse por obra, y las resultas las ho de decir; pero en capítulo separado.

CAPITULO VII.

Emprende ser jugador, y lánces que se le ofrecen en la carrera.

Ya sabeis, queridos compañeros, que en esta triste vida se encadenan los bienes y los males de modo, que los unos relevan á los otros, y no hay quien sea constántemente feliz ni constántemente desgraciado.

En esta época advertí por mí propio esta nueva, útil y apretada máxima, ó lo que sea. Resolví ser jugador; pero, aquí de Dios, ¿con qué principal, si no tenia un real ni quien me fiara un saco de alacranes? Sin embargo, no me desanimé: fuíme á la primer casa de juego que se me proporcionó: me paré tras de la silla del montero, que no era muy vivo;

de cuando en cuando me agachaba, como que me iba á poner bien las botas, y en una de estas le ví á la puerta el rey del albur.

Entónces avisé ó *dí codazo* á uno que estaba cerca de mí: tuve la fortuna de que me creyera: puso todo el dinero que tenia, y todo el que le prestaron, y le llevó al pobre montero como doscientos pesos: me dió con disimulo seis; me *ingenié* con ellos, y tuve la felicidad de juntarme esa tarde con sesenta pesos. Es verdad que esto fué con *su pedazo de diligencia* y algo de buena regla que se asentó.

Inmediátamente me fuí al parian, y compré dos camisas de coco, un frac muy razonable y todo lo necesario para el adorno de mi persona, sin olvidárseme el relox, la varita, el tocador, los peines, la pomada, el antcojo y los guantes, pues todo esto hace gran falta á los caballeros de mi clase. Le dí una galita á un corredor para que me los llevara á casa; y en la tarde me vestí, peiné y perfumé como debia, y con quince pesos que me sobraron salí para la calle. Entré á tomar café, y el primero á quien encon-

tré fué á Simplicio, que admirado de mi repentina decencia, no sólamente no me reconvino sobre lo pasado, sino que con mucho agrado me preguntó cual habia sido el origen de mi felicidad.

Se ha ganado el pleito de mi hermana, le contesté bastante sério.—¿De tu hermana?—Si Señor, de mi hermana, de aquella muger infeliz que tuvo la desgracia de haberte amado....—Pero sí Sagaz....—Sí, Sagaz es un gran pícaro: se vió despreciado de ella, y se vengó llenando tu cabeza de chismes....No hablemos mas de esto, que me electrizo.

Entónces Simplicio me dió mil satisfacciones, me preguntó donde vivia, y yo le dije que en su hacienda mientras se disponian sus bodas.

¿Como sus bodas? preguntó Simplicio muy espantado; y yo le seguí engañando muy bien, hasta que lo creyó redóndamente. Maldito sea Sagaz, decia lleno de rabia: él me ha robado mi felicidad para siempre. Por poco suelto la carcajada al ver la facilidad con que me habia burlado de aquel simple, á quien obsequié con café; y al pagar hice cuanto ruido pude con mis quince pesos. Fi-

nálmente nos despedimos; él se fué al coliseo, y yo al juego.

Algunos dias la pasé bien á favor de Birján y de sus libros, pues como me veian decente, pensaban que tenia mucho que perder, y por esta honestísima razon me daban el mejor lugar en cualquiera mesa; pero yo no pasaba de lo que llaman amanesquero: apenas afianzaba dos ó tres pesos, los rehundia, sacaba mi puro, y me lo iba á chupar á la calle.

Ya se sabe que la fortuna se cansa de sernos favorable largo tiempo, y así á nadie le hará fuerza saber que á los quince dias se me arrancó, y volvieron mis trabajos con mas fuerza.

Como ya me conocian que era un pobre, disminuyeron los tahures sus aprecios. La miseria me obligó á hacer algunas drogas, y en algunos lances de estos tuve que sufrir y dar algunos golpes por sostener el honor de mi palabra; y así anduve de malas algun tiempo, hasta que para coronar la obra me sosprendió la justicia una noche, y tuve el honor de ir á la carcel por primera vez.

Como no tenia dinero para pagar la multa, fué preciso tolerar la prision, en

la que por comer me quedé casi desnudo y no muy sano de salud.

Salí por fin, y tuve la dicha de encontrar un amigo á quien habia yo servido en sus amores, y al verme en tal estado, se compadeció de mí, y me proporcionó que fuera yo su gurupié ganando dos pesos diarios.

El cielo ví abierto, pues bien sabia cuan excelentes conveniencias son estas, y yo la hubiera servido no digo por dos pesos, sino por dos reales, pues en no siendo tonto el gurupié, gana lo que quiere, como yo lo ganaba. Un dia con otro no me bajaba mi sueldo de diez pesos; porque con la mayor gracia del mundo hacia que me componia la mascada, que me sonaba, que sacaba el relox, y en cada diligencia de estas me rehundia un peso ó dos. Ello es que yo me planté como un marqués: me daba un trato de un príncipe, y no habia letrado, oficinista ni militar que no envidiase mi destino. Si en los dias que me duró esta bonanza no hubiera yo jugado, otro gallo me cantara á la hora de esta; pero la mitad del dinero utilicé, y la otra mitad perdí.

Sin embargo, aun durara mi dicha

si un pícaro barbero de mi patron no hubiera advertido mi habilidad, y envidioso sin duda se lo avisó. Al principio, segun me dijo, no lo queria creer; mas instándole el maldito hablador, fué al juego, y sin que yo lo viera, observó bien mis gracias. Se acabó el monte, y me llevó á su casa: se encerró conmigo: me hizo desnudar: cayeron de entre la ropa veinte pesos, porque esa noche me tentó el diablo, y me propasé: no pude negar mi diligencia: me quebró un baston en las costillas, y me echó á la calle en paños menores, pues hasta la ropa me quitó el muy mezquino. Como que no era caballero, no sabia respetar á los que lo son desde su cuna, y así me trató como á un villano, y como si yo hubiera cometido algun delito en hacer mi necesaria diligencia.

En fin, yo salí encueros, y con las costillas bien molidas. Ya en la esquina de la calle encontré una ronda: me cercaron, y al verme en aquellas trazas me juzgaron ladron, y ya querian amarrarme; pero como el hombre de talento sabe valerse de él en cualquier caso, especiálmente en los adversos, no me acobardé;

antes me aproveché de la ronda, pues con aquella serenidad que inspira la inocencia, le dije al alcalde: solo esto me falta para que me lleve el diablo de una vez. ¿Conque á un caballero como yo se juzga por ladron, porque se ve desnudo, sin advertir que esta camisa es de estopilla, y los calzoncillos de bretaña superfina, géneros de que no se visten los ladrones, á lo ménos los rateros? Mejor fuera que U. y su ronda me acompañaran á mi casa, donde deseo llegar para curarme de los palos que me han dado los verdaderos ladrones que me acaban de dejar en el triste estado en que U. me ve. El alcalde y todos sus compañeros se compadecieron de mí: uno de ellos me prestó una capa, y todos me condujeron á mi casa.

Cuando la casera abrió, dí las gracias á la ronda, se despidieron, y me subí á acostar, y á curarme con aguardiente.

Al dia siguiente no pude levantarme; pero la pobre vieja casera me llevó una bebida y no sé que menjurges, con cuyos auxilios me fuí aliviando hasta que pude ponerme en pie y salir á la calle; aun-

que ya no queria ir al juego, temeroso de que nadie ignoraba el lance; y si como fueron palos hubieran sido estocadas, no hubiera dejado de ver á mis amigos; porque las estocadas no afrentan á los caballeros, pero los palos sí.

En fin, restablecido de los golpes, y disminuida la vergüenza con el tiempo, solo sentia que me habia vuelto á quedar con un solo vestido, aunque no malo, pues para curarme, comer y pagar el cuarto, fué preciso vender unas cosas, empeñar otras y perderlas todas; pero ya no habia de que echar mano, y comer era indispensable, y así volví á recurrir á mis antiguos asilos, esto es, á los cafees, vinaterías, garitos y villares, en pos de mis amigos y parientes, los que no dejaban de socorrerme algunos dias.

En uno de estos tuve un encuentro con un maldito viejo, y por poco me pierdo, como verá el que leyere lo que sigue.

CAPITULO VIII.

Refiere la disputa que tuvo con un viejo acerca de los catrines, y la riña que por esto se ofreció.

Para excusar introitos: un dia estaba yo en un café esperando algun caritativo conocido que me convidara á almozar, y cierto que tenia bastantes ganas, porque no me habia desayunado, ni cenado la noche anterior; pero por mi mala estrella no se le antojó á ninguno de mis amigos ir allá.

Estaba por salirme, cuando entró un clérigo con un viejo como de sesenta años. Se sentaron en la mesa donde yo estaba: me saludaron con atencion, y yo les correspondí con la misma: hicieron llevar almuerzo, me brindaron, admití, y almozamos alegres.

Por poste platicaron acerca de la corrupcion de las costumbres del siglo. He oido, dijo el eclesiástico, que estos catrines tienen mucha parte en el abandono que vemos.

Los catrines, respondí yo, no puede

ser, padre mio; porque los catrines son hombres de bien, hombres decentes, y sobre todo, nobles y caballeros. Ellos honran las sociedades con su presencia, alegran las mesas con sus dichos, divierten las tertulias con sus gracias, edifican á las niñas con su doctrina, enseñan á los idiotas con su erudicion, hacen circular el dinero de los avaros con su viveza, aumentan la poblacion en cuanto pueden, sostienen el lustre de sus ascendientes con su conducta, y por último, donde ellos están no hay tristeza, supersticion ni fanatismo, porque son marciales, corrientes y despreocupados.

Delante de un catrin verdadero nada es criminal, nada escandaloso, nada culpable; y en realidad, padre mio, ya ve U. el provecho que debe inducir en cualquier concurrencia un jóven de estos (y mas si tiene buena figura) bien presentado, alegre, sabio y nada escrupuloso. El no se admira de la trampa que hizo Pedro, de lo usurero que es Juan, de lo embustero que es Antonio, ni de ninguna cosa de esta vida.

Lleno siempre el legítimo catrin de amor hácia sus semejantes, á todos los

disculpa, y aun condesciende con su modo de pensar. Al que roba, lo defiende con su necesidad; á la coquetilla, con la miseria humana; al que descredita á todo el mundo, con que es su genio; al ébrio con que es alegría; al provocativo con que es valor, y aun al herege lo sostiene, alegando la diferencia de opiniones que cada dia se aplauden y desprecian. De manera, que el catrin verdadero, el que depende de esta noble raza, ni es tan interesable que se dé mala vida por el cielo, ni tan cobarde que se prive de darse buena vida por temor de un infierno que no ha visto; y así sigue las máximas de sus compañeros, y satisface sus pasiones segun y como le parece, ó como puede, sin espantarse con los sermones de los frailes, que tiene buen cuidado de no oir nunca, ni con los librajos tristes que no lée.

Así es que el catrin se hace un hombre amable donde quiera. Las muchachas le aprecian, los jóvenes le estiman, los viejos le temen y los hipócritas le huyen.

Vea U. padre mio, cuan útiles son los señores catrines, de quienes tan mal concepto tiene el señor.

Acabé mi arenga, que á mí me pareció divina, y su argumento incontrastable. El clerigo movió la cabeza como quien dice que nó: me echó una mirada de furioso, tomó su sombrero, y ya iba á levantarse, cuando el perro viejo le tomó de un brazo, le hizo sentar, y dijo: compadre, dias ha que deseaba yo una ocasion como esta para sacar á U. de la equivocacion en que está de creer que todo jóven alegre, que todo el que viste al uso del dia es catrin. No, señor; ni son todos los que están, ni están todos los que son. El hábito no hace al monge. Ya U. sabe que yo soy viejo; pero no viejo ridículo. Cada cual puede vestirse segun su gusto y proporciones, sin merecer por su trage el título de honrado ni de pícaro.

Mozos hay currísimos ó pegadísimos á la moda del dia, y no por eso son catrines; y otros hay que llama el vulgo *rotos*, ó modistas pobretes y sin blanca, que son legítimos catrines. Aprenda U. á distinguirlos, y no hará favor ni agravio á quien no lo merezca.

Las costumbres, compadre, la conducta es la única regla por donde de-

bemos conocer y calificar á los hombres. Yo soy capaz de apostar una botella de vino, á que el señor es catrin legítimo y que tiene vanidad en serlo.

Es verdad, dije; y no me arrepentiré de haber descendido de tan noble linage.

Amiguito, contestó el viejo, la nobleza verdadera consiste en la virtud, y la aparente en el dinero. ¿Cuántos miles tiene U.?—Yo ningunos.—¡O! pues riase U. de su nobleza. Ni tiene virtud con que acreditarla, ni pesos con que fingirla; pero vamos al caso.

Compadre, ya conoció U. un catrin verdadero: ya oyó su erudicion, se edificó con el régimen de su conducta, y conocerá que erraba cuando creia que todo el que vestia de moda era catrin. Pero no, amigo mio, no se equivoque U.: oiga lo que son los catrines; mas primero su régimen de vida, poco mas ó ménos.

El Catrin se levanta de ocho á nueve: de esta hora hasta las doce va á los caféés á ver si topa otro compañero que le costée el desayuno, almuerzo ó comida. De doce á tres de la tarde se va á los juegos á ingeniar del modo que pue-

de, siquiera consiguiendo una peseta. Si la consigue, se da de santos, y á las oraciones vuelve á los cafées. De aquí con la barriga llena ó vacia, se va al juego á la misma diligencia. Si alguna peseta dada *trepa*, bueno; y si no, se atiene á su honestísimo trabajo para pasar el dia siguiente.

Como estos arbitrios no alcanzan sino cuando mas para pasar el dia, y el todo de los catrines consiste en estar algo decentes, en bailar un valse, en ser aduladores, facetos y necios, aprovechan estas habilidades para estafar á este, engañar al otro y pegársela al que pueden; y así el santo parian los habilita de cáscara con que alucinar á los tontos, ó de trapos con que persuadir á los que creen que el que viste con alguna decencia es hombre de bien; pero, despues de todo, el catrin es una paradoja indefinible; porque es caballero sin honor; rico sin renta; pobre sin hambre; enamorado sin dama; valiente sin enemigo; sabio sin libros; cristiano sin religion y tuno á toda prueba.

No pudiendo yo sufrir una definicion tan injuriosa á nuestra clase, le disparé

al insolente viejo una porcion de desvergüenzas. Él me correspondió con otras tantas. Quise deshacerle una silla en la cabeza: metióse de por medio el clérigo (como si yo fuera de estos alucinados que temen á los clérigos y frailes): yo enojado le tiré un silletazo al viejo, y le dí al padre: éste se enojó, halló un garrote á mano, y me rompió la cabeza. Me volví una fúria al ver mi noble sangre derramada por unas manos muertas: salté y arrebaté un sable de uno que estaba cerc. le nosotros; pero entónces todos se conjuraron contra mí, apellidándome atrevido y sacrílego, y amenazando mi existencia si no me contenia. Yo al verme rodeado de tanto idiota, cedí, callé y me senté donde estaba, con lo que se dió fin á la pendencia.

Algunos me aconsejaban que le pidiera perdon al padre, pues lo habia injuriado en público y sin razon; pero yo me desentendí, bien satisfecho de que un caballero catrin no debe prostituirse á pedir perdon á nadie.

Así que todos se fueron, hice yo lo mismo, y continué algun tiempo pasando unas crugías intolerables, y envidiando á otros

compañeros y parientes que la pasaban mejor que yo.

Algunas noches al acostarme sentia no sé que ruido en mi corazon que me asustaba. Parecióme en una de ellas que veia junto á mi mugrienta cama al venerable cura de Jalatlaco, mi amado tio y predicador eterno, y que mirándome ya con ojos compasivos, ya con una vista amenazadora, me decia: desventurado jóven, ¿cuándo despertarás de tu letargo criminal? No hay nobleza donde falta la virtud, ni estimacion donde no hay buena conducta.

Veinte y ocho años tienes de edad, todos mal empleados en la carrera de los vicios. Inútil á tí mismo y perjudicial con tu mal ejemplo y pésimas costumbres á la sociedad en que vives, has aspirado siempre á subsistir con lujo y con regalo sin trabajar en nada, ni ser de modo alguno provechoso. ¡Infeliz! ¿no sabes que por castigo del pecado nace el hombre sujeto á vivir del sudor de su rostro? ¿Ignoras que así como al buey que ara no se debe atar la boca, en frase del Espíritu de la verdad; así S. Pablo escri-

be: que el que no trabaje que no coma?

Es cierto que tú y muchos holgazanes y viciosos como tú, logran sin trabajar comer á expensas agenas; pero ¿á qué no se exponen? ¿qué no sufren? y por último, ¿en qué paran? Ya has experimentado en tí mismo hambres, desnudeces, desprecios, golpes, carcel y enfermedades. ¡Triste de tí, si no te enmiendas! Aun te falta mucho que sufrir; y tu castigo no se limitará á la época presente, pues siendo tu vida desastrada, no puede ser tu muerte de otro modo. Teme esto solo; y si no crees estos avisos, estos gritos de tu conciencia, prepárate á recibir en los infiernos el premio de tu escandaloso proceder.

Asustado con semejante vision, fuí al dia siguiente á consultar mi cuidado con un amigo de muchísimo talento y de una conducta arreglada, segun y como la mia. Éste, luego que me oyó, se tendió de barriga para reirse, y me consoló con los saludables consejos que leereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

Escucha y admite unos malditos consejos de un amigo: se hace mas libertino, y lo echan con agua caliente de la casa del conde de Tebas.

Se echa de ver, Catrin, que eres un necio, me decia mi buen amigo: sí, eres un alucinado, un novicio en nuestra órden, y un recluta visoño en nuestras respetables compañías. ¡Vaya, ni digas que eres de la ilustre raza de los catrines, ni que has corrido el mundo en parte alguna! Yo sí, yo sí tengo razon de espantarme al ver tan asustado á un jóven que ha sido colegial, militar, jugador y tunante, solo por una aprension que debe despreciarse por cualquier espíritu fuerte é ilustrado como el nuestro.

El viejo rancio de tu tio te acosó á sermones, y por eso aun crees que te los echa despues de muerto. Tú eres un tontonazo, y te espantas como los niños con el coco; pero anímate, amigo, ensánchate: desprecia esas ilusiones del miedo: sábete que los muertos no hablan, y que

en tu triste fantasía, agitada por tu miseria, se forman esos espectros de papel.

Mira, Catrin: nuestra vida no es mas que un juego: nuestra existencia corta y sujeta á las molestias, sin que haya reposo ni felicidad mas allá de su término: ningun muerto ha vuelto á la tierra á traernos pruebas de la inmortalidad. Nosotros hemos salido de la nada, y volverémos á la nada: nuestro cuerpo se convertirá en ceniza, y nuestro espíritu se perderá en los aires: nuestra vida pasará como una nube, y desaparecerá como el vapor, disuelto por los rayos del sol. Nuestro nombre se borrará de la memoria de los hombres, y ninguno se acordará de nuestras obras. Gocemos de todos los placeres que están en nuestro poder: sírvanos de bebida el vino mas delicado: respiremos el olor de los perfumes: coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya objeto agradable libre de nuestra lujuria, y dejemos por todas partes las señales de nuestra alegria: oprimamos al pobre: despojemos á la viuda: no respetemos las canas de los viejos: sea nuestra fuerza la regla de nuestra justicia: no guardemos los dias de fiesta

consagrados al Señor: exterminemos en especial al hombre justo, cuyo aspecto nos es insoportable. (1)

Esas son palabras mayores, le dije: ¿no ves que siguiendo esas máximas nos harémos aborrecibles á todo el mundo? ¡Qué tonto eres, Catrin, qué bárbaro! me respondió. Es verdad que nos detestarán; ¿pero quiénes? cuatro hipócritas alucinados de estos que se dicen timoratos; mas en cambio nos amarán todos nuestros compañeros y compañeras las catrinas, gente moza, útil, alegre y liberal.

Ya se ve, tú eres un pobre aprendiz de la verdadera catrinería, y por eso te escandalizas de cualquier cosa: ¿qué mas dijeras si supieras de memoria y practicáras los famosos mandamientos de Maquiabelo? Entónces ó te tapabas las orejas, ó te decidias á ser un político consumado. Yo, desde que los observo, me paso buena vida, tengo muchos amigos

(1) Tal es el idioma de los impíos descrito en las sagradas létras (Sap. 2. y Psalm. 73.): pero *los que pensaron de esta manera erraron. Su malicia los cegó.*

*

y me hacen aprecio en cualquier parte.

Ya me parece que estás rabiando por saberlos: escúchalos para tu felicidad y aprovechamiento.

Decalogo de Maquiabelo. (1)

1.° *En lo exterior trata á todos con agrado, aunque no ames á ninguno.*

2.° *Sé muy liberal en dar honores y títulos á todos, y alaba á cualquiera.*

3.° *Si lograres un buen empleo, sirve en él solo á los poderosos.*

4.° *Ahulla con los lobos.* Esto es, acomodate á seguir el caracter del que te convenga, aunque sea en lo mas criminal.

5.° *Si oyeres que alguno miente en favor tuyo, confirma su mentira con la cabeza.*

6.° *Si has hecho algo que no te importe decir, niégalo.*

7.° *Escribe las injurias que te hagan en pedernal, y los beneficios en polvo.*

8.° *A quien trates de engañar, engáñale*

(1) Nicolás Maquiabelo, astuto escribano de Florencia, y despues un falso político de Francia, escribió á sus sectarios este maldito decálogo, que trae Alberto Magno en el prefacio de su obra titulada: *Bonus politicus*, &c.

hasta el fin, pues para nada necesitas su amistad.

9.° *Promete mucho, y cumple poco.*

10.° *Sé siempre tu prójimo tú mismo, y no tengas cuidado de los demás.*

¿Qué te parece? ¿te han escandalizado estos preceptos? No mucho, contesté; porque aunque dichos sorprenden, practicados se disfrazan: yo los mas los observo con cuidado, y tengo advertido que casi todos nuestros compañeros los guardan al pie de la letra. Mas ahora traigo á la memoria que siendo colegial entré una noche al aposento de mi catedrático, y mientras que salia de su recámara leí en latin ese mismo decálogo en un libro en cuarto que tenia abierto sobre de su mesa, y al fin decia no sé que santo Padre: *Si vis ad infernum ingredi, serva haec mandata:* Si quieres irte á los infiernos, guarda estos mandamientos. Hé aquí lo que no me gusta mucho.

Siempre insistes en tu fanatismo, me contestó. Tontonote: ¿donde has visto el infierno ni los diablos, para que lo creas tan á puño cerrado? Cumple estos preceptos, sigue mis máximas, y verás como varía tu suerte.

Supon, sí, te doy de barato que ha-

ya tal eternidad, tal infierno, ¿qué se puede perder con que al fin al fin te lleve el diablo? ¿Será el primero que se condena? Pues en tal caso, ya que nos hemos de condenar, que sea á gusto: y si nos lleva el diablo, que sea, como dicen por ahí, en buen caballo, esto es, divirtiéndonos, holgándonos y pasándonos una videta alegre. ¿Habrá mayor satisfaccion que entrar al infierno lucios, frescos, ricos, cantando, bailando, y rodeados de diez ó doce muchachas? Conque anda, Catrin, sigue mis consejos, y riete de todo como yo.

¿Quién no habia de sucumbir á tan solidísimas razones? Desde luego le dí muchas gracias á mi sabio amigo, y propuse conformarme con sus saludables consejos; y segun mi proposito, desde aquel dia comencé á observar exáctamente el decálogo, especiálmente el cuarto precepto, haciendome al genio de todos cuantos podian serme útiles; de manera que dentro de pocos dias era yo cristiano con los cristianos, calvinista, luterano, arriano &c. con los de aquellas sectas: ladron con el ladron: ébrio con el borracho: jugador con el tahur: mentiroso con el embustero:

impío con el inmoral, y mono con todos.

Ya supondreis, amados catrines y compañeros mios, que con semejante conducta me grangeé muchos amigos, á cuya costa pasé muy buenos ratos, como tambien unas pesadumbres endiabladas; porque así como bebia y comia, y paseaba de valde algunas veces; otras me veia aporreado, encarcelado ó fugitivo sin haber yo tenido la culpa de las riñas, ni prisiones diréctamente, sino mis amigos. Ya se vé, yo sostenia todos sus caprichos, fueran justos ó injustos, y con esto sus enemigos me aporreaban como á su compañero, y los jueces me castigaban como á cómplice.

Si hubiera de referiros por menor todas las aventuras de mi vida, sin duda que se entretendria vuestra atencion; pero he ofrecido limitarme á un solo tomo; y así es preciso abreviar, y contraerme á las épocas mas memorables. Continuemos.

Como con las lecciones de mi amigo y mentor me ilustré tanto, y me animé á tratar de cualquier materia por encrespada que fuera, una noche fuí con un amigo á casa del conde de Tebas (porque los catrines son tan nobles que en

todas las casas caben), y allí, despues de la tertulia se pusieron á merendar; y habiendo conversado de diferentes asuntos, vino á caer la conversacion sobre la verdad de la religion católica.

Todos los concurrentes eran fanáticos: no habia *espíritu* mas *fuerte* que el mio. Hablaron con mucho respeto del dogma, de la revelacion y tradicion, y al fin de todo, remataron diciendo que la ilustracion de este siglo consiste en el libertinage, cuyas consecuencias son la corrupcion de las costumbres y el error en las verdades mas inconcusas.

Hablando de esto, dijo el capellan, hay una clase de catrines, quiero decir, jóvenes, tal vez bien nacidos y decentes en ropa; pero ociosos, ignorantes, inmorales y *fachendas*, llenos de vicios, que no contentos con ser pícaros, quisieran que todos fueran como ellos Estos bribones inducen con sus indignas conversasiones á la gente sencilla é incauta, y la disponen á ser tan malos como ellos.

Apenas oí yo citar á los *catrines* de *fachendas*, cuyo apellido he tenido la dicha de heredar, cuando volví por su honor y dije: padrecito, modérese U.: los

catrines son nobles, cristianos, caballeros y doctos: saben muy bien lo que hablan: muchos fanáticos los culpan sin motivo.

¿Qué mal hace un catrin en vestir con decencia, sea como fuere, en no trabajar como los plebeyos, en jugar lo suyo ó lo ageno, en enamorar á cuantas puede, en subsistir de cuenta de otros, en holgarse, divertirse, y vivir en los cafees, tertulias y villares? ¿Acaso esto o mucho de esto no lo hacen otros mil, aunque no tengan el honor de ser catrines?

Ahora ¿por qué se han de calificar de impíos é irreligiosos solo porque jamás se confiesan, porque no respetan á los sacerdotes ni los templos, porque no se arrodillan al Viático ni en el tiempo de la misa, porque no se tocan el sombrero al toque del Ave María, ni por otras frioleras semejantes?

Si se murmura de su poca instruccion, es una maledicencia ó declarada envidia: ¿qué mas puede saber un caballero catrin que servir á una señorita el cubierto, bailar unas boleras ó un valse, barajar un albur, jugar un tresillo, peinarse y componerse, hablar con denuedo

y arrogancia sobre cuanto se ofrezca, y hacer otras cosas que no digo porque UU. no crean que los pondero?

Su utilidad es demasiado conocida en los estrados, en los cafees, fondas, villares, portales y paseos. Conque no hay que hablar tan mal de los catrines, cuando son mas ilustrados y provechosos que otros muchos.

Ni que responder me ha dejado U. amiguito, dijo el capellan: U. solo y sin tormento, ha confesado quienes son los catrines, cuales sus ocupaciones, cuan admirable es su instruccion, y qué digno del aprecio público el fruto de sus tareas.

Por lo que hace á mí, añadió el conde, yo le estimaré que no vuelva U. á poner un pie en mi casa. Mucho siento que me haya hecho esta única visita, y que nos haya dicho quien es tan sin rebozo. No, no quiero que honren mi mesa semejantes caballeros, que me instruyan tales maestros, ni que me edifiquen tan calificados católicos; y así, pues se ha concluido la merienda, tome U. su sombrero y déjenos en paz. Todos los concurrentes, luego que oyeron producirse al conde de este modo, fuérase por adu-

larle ó por lo que UU. qieran, comenzaron á maltratarme hasta los criados: casi á empellones me echaron de la sala, y un lacayo maldito por poco me hace rodar las escaleras; y no contentos con hacerme sufrir tales baldones, sin acordarse de la nobleza de mi casa. ya al salir á la calle me echaron una olla de agua hirviendo, con lo que me pusieron cual se deja entender.

Quise subir á que me dieran justa satisfaccion de tal agravio; pero me contuvo el verme solo (porque el amigo mio me desamparó y se puso de parte del conde), y advertir que todos estaban irritados. Pensé con prudencia, y me retiré mal bañado, y jurando á fé de caballero vengarme en cuanto tuviera proporcion.

Llegué á mi cuarto. dormí como siempre, sequé mi ropa al dia siguiente, y me levanté adivinando en donde y cómo lo pasaria. Era ese dia, por cierto. 25 de julio.

Encontré un amigo, quien me llevó á la fiesta de Santiago acompañado de una señorita de no malos bigotes, y estando almorzando sucedió lo que vais á saber en el capítulo siguiente.

CAPITULO X.

El que está lleno de aventuras.

Dios nos libre de una mala hora, como dicen las viejas. Estábamos almorzando con la bonita muchacha, cuando se nos presentó un hombre con el sable desnudo, hecho una fúria, quien con una voz tan terrible como el trueno del rayo, dijo: esto queria ver yo, tal: y diciendo y haciendo comenzó á tirarnos á los tres tantos cintarazos y cuchilladas, que no nos la podiamos acabar. La muger cayó en el suelo al primer golpe, mi compañero acudió á defenderse con un puñal: yo sin armas agarré un plato de mole, y lo derramé en la cabeza del valiente: éste se enfureció mas de lo que estaba, y me tiró un tajo con tanto acierto y ganas, que por poco no me deja en el puesto, esto es, difunto: pero me dejó privado, y con la cabeza como una granada.

Yo desperté en el hospital, y supe que quien me habia hecho tan buena

obra era no menos que marido de la cuzca que llevó mi amigo: que éste fué á la carcel, ella á un depósito, el marido á pasearse, y yo al hospital en calidad de preso.

Allí pasé lo que solo Dios sabe con los cirujanos, practicantes y enfermeros: puedo jurar que me maltrataron mas con la curacion, que el celoso con las heridas que me hizo. Ya se vé que lo hacian por caridad. (1)

Por fin me dieron por sano, aunque yo no lo aseguraba, segun me sentia; pero quise que no, fué preciso salir del hospital para ir á la carcel, donde me levantaron mil testimonios, pues lo menos que decia el marido era que yo seria el al.... calde, ó qué sé yo que cosa de su muger.

El escribano queria dinero para defenderme, yo no tenia un real ni mi amigo tampoco, por lo que se dilató la causa como un mes; pero, como es verdad que al salvo Dios lo salva, á instancias del marido se continuó el proceso, y resultó en sentencia definitiva que la mu-

(1) Aquí venía muy bien el cuento del barbero y el loco.

ger fuera al convento de S. Lucas por cuatro años, á pedimento de parte; el amigo mio y de ella ó un presidio, y yo á la calle, amonestado de no volverme á meter en pendencias que nada me interesaban.

Salí por fortuna del meson de la pita; fuí á mi casa ó pedazo de casa que tenia, y me hallé mas pobre, y tanto que no tenia ni para sostener la cascarita ó decencia aparente de un catrin.

Antes de esto era infelíz, no lo puedo negar: todos los dias tenia que untar mis botas con tinta de zapatero y darles bola con clara de huevo, limon ó cebolla: tenia mi fraquecito viejo á quien hacer mil caricias con el cepillo: tenia mi camisa que lavar, tender y planchar con un hueso de mamey: tenia un pantaloncillo de punto, ó de puntos que zurcia con curiosidad con una aguja: tenia una cadena pendiente de un eslabon, que me acreditaba de sugeto de relox: tenia una tira de muselina que bien lavada pasaba por un fino pañuelo: tenia un chaleco verdaderamente acolchado de remiendos tan bien pegados, que hacian una labor graciosa y exquisita: tenia una

cañita ordinaria; pero tan bien manejada por mí, que parecia un fino bejuco de la China: tenia un sombrero muy atento por su naturaleza, pues hacía cortesías á todo el mundo; pero con aguacola le daba yo tal altivez, que no se doblaria al monarca mayor del mundo todo, pues estaba mas tieso que pobre recien enriquecido: tenia en fin mis guantes, viejos es verdad; pero me cubrían las manos: mi anteojo, mis peines, escobetas, pomadas, espejo, tocador, limpiadientes, y otras semejantes chucherias, y cuando salí de la cárcel, como lo mas vendí para comer, no tenia nada.

Ya, amigos catrines, me teneis reducido á la última miseria. No conocia camisa ni cosas supérfluas, y era preciso andar decente para comer de valde, ¿cómo seria esto? Un frac y un pantalon quedó en mi baúl de tanto lujo, que no se pudo ni empeñar ni vender. A esto poco.... ¡lo que es la industria de un sabio! le dí tantos millares de puntadas, tantas teñidas y limpiadas, que el baratillero mas diestro lo hubiera calificado por nuevo. Mis botas viejas quedaron, á merced del fierro y de la clara de

huevo, tan lustrosas *sicut erant in principio*, el sombrero y chaleco lo mismo; pero para suplir la camisa no habia cosa que lo valiera.

Yo debia comer al otro dia, y para comer era menester salir á la calle á buscar á los amigos: de todo estaba prevenido; pero la falta de camisa me consternaba.

En medio de esta afliccion me acordé de que en otro tiempo tuve una camisa sola, y la apellidé camisola. Estaba tan perdida que no tenia sino el cuello y los vuelos ú olanes pegados á un pedazo de trapo; mas como era preciso hacer de la necesidad virtud, los corté y compuse segun pude. En esto y lo demás se pasó toda la noche

Al dia siguiente ya estaba yo en pelota planchando mis vuelos, cuando se le antojó entrar al casero, y entró porque se le antojó, porque yo habia vendido la llave de la puerta, y no tenia con que cerrarla sino con mi varita, que como era muy débil no pudo resistir el primer empujon del excomulgado casero: entró éste maldito, me halló medio desnudo y planchando mi trapillo en un petate: me

cobró con imperio de casero, á quien debia cinco pesos dos reales de alquileres: con una mirada hizo balance de mis muebles: me cobró con resolucion: yo saqué mis ejecutorias del baúl, y le dije que á los caballeros de mi clase no se les cobraba de eso modo; que era un pícaro, malcriado é insolente: él se irritó con esto, y me dijo que me sonara en mis papeles si no tenia dinero, que el pagar era justo, y que él no entendía de grajas; y así ó le daba su dinero, ó me mudara en el instante, pues cuando mas me dejaria vestir, pero no sacar ni una hilacha, respecto á que con todo lo que veia no se cubria mi deuda.

Es U. un plebeyo, le dije, un villano, un ruin, un ordinario: mis árboles genealógicos, los escudos de mi casa, mis ejecutorias, y los méritos de mis mayores que U. vé en estos papeles valen mas que U. y todas las casas de las monjas.

Todo está muy bueno, respondia el casero: U. será muy caballero y muy noble, y tendrá infinitas pruebas de su lustre; pero las monjas no comen ejecutorias ni noblezas: ha de cubrir la renta, ó se muda

En estas y las otras nos hicimos de razones: quise tomar una silla vieja para acabársela de romper en la cabeza; pero él cogió otra, y nos dimos una aporreada de buen tamaño, hasta que entró la casera y nos contuvo; pero al fin el inicuo casero consiguió lo que quiso, que fué lanzarme de la casa, quedándose con mi baul y mi memela; mas me dejó vestir, que en gentes de su clase fué una generosa heroicidad; pues si ha cabido en otros, ni aun eso me permiten.

Salíme avergonzado un poquillo; pero muy enojado, triste y con mis papeles debajo del brazo en solicitud de un amigo. Hallé un monigote alquilon que se compadeció de mí, y me llevó á su casa.

Allí estuve algunos dias: tenia una hermana bonita: me gustó, la enamoré, condescendió: fuimos amigos: el monigote lo supo: nos espió, nos cogió, y me dió tal tarea de trancazos, que volví á visitar el hospital.

Los jueces sentenciaron á su favor (¡desgracia de hombres buenos como yo!) y á buen librar salí del hospital desnudo.

No pude parecer entre mis amigos esta vez, y solicité el patrocinio de las

hembras. Me llevó una buena vieja á su casa: tenia cinco doncellas á su cargo y en su casa que era una accesoria: en la puerta negociaban su subsistencia: yo tenia que ver y que callar para comer; pero tambien tenia que ir á traer pato, aguardiente, café y lo que querian mis señores.

Esta vileza no podia ser grata á un caballero de honor como yo era; y así determiné mudar de vida.

Consulté con mi talento y conforme el decálogo que habia aprendido. y saqué que debia buscar mi comodidad á costa de todo el mundo.

Segun estos principios, la noche que estaban todas mas dormidas, hice un lio de su ropa y me marché para la calle.

Al dia siguiente, antes que las buscaran, vendí todas sus prendas en el baratillo, me habilité de lo que me hacia falta, y me retiré á un barrio muy distante del suyo.

Seguí como siempre, y era la fortuna que en todas partes encontraba catrines. Pasé, tal cual, algunos dias; mas al fin se me arrancó, y ya no hallaba almena de que colgarme.

*

En medio de mi triste situacion encontré un buen amigo que me animó, diciéndome que yo era para nada pues no sabia mantener un cuerpo solo; pero que me conocia talento muy propio para cómico, que solicitara una plaza de estas, y me acordaria de él.

Como lisonjeó mi vanidad, admití su consejo: fuí al coliseo: pretendí una plaza, me dieron la de *mite* ó *mete muertos*, y yo por ver si era plaza de escala, la recibí con mucho gusto.

En poco tiempo quise á todas las cómicas, y no solo á ellas sino á cuantas podia: mi habilidad iba tomando crédito, y yo hubiera sido el primer galán si me hubieran permitido las damas; pero me encargué tan de veras á su obsequio, que en cinco meses dieron conmigo en el hospital de San Andrés.... ¡Válgame Dios! ¡qué suerte fué la mia, siempre me he visto en cárceles y hospitales!

¿Qué padecería en San Andrés? el que hubiere estado allí que lo diga. Por poco no me reducen al estado de Orígenes. Salí medio hombre por una fortuna singular; pero salí flaco, descolorido y con una frazada en el hombro,

En medio de esta situacion, me encontró uno que habia sido criado de mi casa. Luego que me vió, me conoció y me dijo: ¡valgame Dios, niño! y qué estado tan infelíz es el suyo! Acabo de salir del hospital, le contesté, y á gran dicha tengo verme en pie.—¡Que siento las desgracias de U.: no tendrá U. destino.—Ya se vé que no lo tengo.—Si quisiera U. una conveniencia de portero, yo sé que en casa del conde de Tebas lo solicitan; dan ocho pesos y la comida.—Pues mas que dieran ochocientos, yo no he nacido para portero, y mucho ménos para servir al conde de Tebas, que es mi padrino de brazos y allí me echaron la agua. (1) Pues, señor, proseguia el mozo: ¿podia U. acomodarse en el estanco? siquiera ganára cinco reales diarios.—Calla, bobo, ¿un caballero como yo se habia de reducir á cigarrero? — Pues acomódese U. de escribiente. — Ménos: mi letra es de rico, y estoy hecho á que los licenciados me sirvan de amanuenses.—Pues en una tienda.—¿Yo habia de tiznarme con el carbon y la manteca?—Pues....—Dejate de pue-

(1) Véase la página 107, donde fué bautizado á lo pollo.

ses. ¿Has olvidado que soy el Señor D. Catrin de la Fachenda, nobilísimo, ilustrísimo y caballerísimo por todos mis cuatro costados? ¿Cómo quieres que un personage de mis prendas se sujete á servir á nadie en esta vida, si no fuere al rey en persona? Vete, vete, y no aumentes mis pesadumbres con tus villanos pensamientos.

El criado se incomodó, y me dijo: pues Sr. D. Catrin, quédese U. con su nobleza y caballería, y quédese tambien con su hambre y su frazada. Dicho esto se fué, y yo seguí andando sin saber á donde ir.

Eran las tres de la tarde, y yo no habia probado gota de alimento, ni aun tenia esperanza de probarlo; pero ni sabia en donde recogerme aquella noche. No me habia quedado mas que una media camisa, pantalon, botas, sombrero, y frazada; todo viejo, sucio y roto: asimismo conservaba mis ejecutorias y papeles de nobleza, que llevé al hospital y cargaba ese dia debajo del brazo.

Viéndome muerto de hambre, me resolví á empeñar estas preseas en cualquier cosa; aunque con harto dolor de mi

corazon. Entréme en una tienda, y le dije al tendero mi atrevido pensamiento. Este veia los papeles y me veia á la cara lleno de admiracion; y, al cabo de rato, casi con las lágrimas en los ojos, me dijo: ¿es posible. Catrin, que tú eres mi ahijado y el hijo tan amado de mi compadre?

¿Vamos, que si yo no lo viera, si no tuviera en mis manos tu fé de bautismo, creería que tratabas de engañarme.

Despues de mil preguntas que me hizo. y de mil mentiras que le conté acerca del origen de mis desgracias, sacó un vestido de los suyos, y veinte pesos que me dió, con lo que me despedí muy contento.

Con este socorro se alivió mi estómago, me habilité de lo que me faltaba, como varita, cadena de relox y otros muebles tan nesesarios como estos. A la noche me fuí á refugiar en casa de la vieja casera, y como aun tenia doce ó catorce pesos, me hizo un buen hospedage. Al dia siguiente tomé un cuarto, saqué mi colchon y mi baul, y cátenme otra vez hecho gente y ladeándome en los cafées con mis amigos.

Como ya la fortuna me habia gol-

peado, temí verme otra vez en la última miseria; y así traté de prevenirme contra sus futuros asaltos. Para esto comuniqué mis cuidados con otro amigo que estaba peor que yo; pero tenía talento, valor y disposicion para cualquier cosa, y éste me animó á hacer lo que leereis mas adelante.

CAPITULO XI.

Admite un mal consejo, y vá al morro de la Habana.

¿Quién será capaz de negar la utilidad que nos proporcionan los amigos con sus saludables consejos? Este amigo, para ahorrar palabras, me persuadió á que le acompañara á robar cinco mil pesos á un viejo comerciante que pensaba que dormia solo.

Yo bien instruido en el precioso decálogo, y sabiendo que la necesidad no está sujeta á las leyes comunes, admití el consejo: emplazamos dia y hora; fuímos á la tienda á las ocho de la noche, entramos para sorprender al dueño, y pensando hacer algo de provecho,

cerramos la puerta con la llave; pero nos echamos corral nosotros mismos, porque salieron á un grito del viejo cuatro mozos armados, nos pusieron las pistolas en los pechos, nos amarraron y nos llevaron á la cárcel. No pudimos negar las intenciones, y por solo estas, nos condenaron á dos años de presidio en el morro de la Habana, y los fuimos á cumplir contra toda nuestra voluntad.

En aquella ciudad fuimos de bastante provecho; porque compusimos los castillos de la Punta y del Príncipe: servimos en los arsenales: cooperamos al mejor órden de la policia en la limpieza, é hicimos otras cosas tan útiles como estas.

Bastantes hambres, desnudeces y fatigas tuvimos que sufrir en este tiempo; pero lo mas insoportable era el trato duro, soez y aun cruel que nos daba el comitre maldito, bajo cuya custodia trabajábamos. Ya se vé, era un mulato, ruin y villano, poco acostumbrado á tratar á los caballeros de mi clase; y así cuando se le antojaba, ó le parecia que no andábamos ligeros, nos sacudia las costillas con un látigo. Esto me hacia rabiar, y os aseguro que á no haber es-

tado indefenso y atado con una cadena, á modo de diptongo, con mi amadísimo compañero, yo le hubiera hecho ver á aquel infame como debia portarse con los caballeros de mi rango,

No obstante, puse al gobernador un escrito quejándome de los malos tratamientos de aquel caribe, alegándole mi notoria nobleza, y presentándole mis ejecutorias y papeles. Pero como la fortuna se complace en abatir á los ilustres y perseguir la inocencia, el señor gobernador no solo no me hizo justicia, sino que me exasperó con el decreto siguiente.

La nobleza se acredita con buena conducta mejor que con papeles. Sufra esta parte sus trabajos como pueda, pues un ladron ni es noble, ni merece ser tratado de mejor modo.

¿Qué os parece, queridos compañeros? ¿No fué esta una injusticia declarada del gobernador? Sí, ciértamente; y yo me irrité tanto, que maldige á cuantos nobles hay; rompí los papeles, los masqué y los eché al mar hechos menudos pedazos, pues que de nada me servian.

Pasaron por fin los dos años, se me

dió mi libertad, y me volví á Méjico mi pátria; pero como ya habia roto mis ejecutorias, y abjurado de toda cosa que oliera á nobleza, me dediqué á divertirme y á buscar la vida sin vergüenza.

Degeneré de la ilustre familia de los catrines, y me agregué á la entreverada de los pillos. Cuando tenia un pedazo de capote ó una levita dada, me asociaba con los pillos de este trage, y cuando nó, le sabia dar bastante aire á una frazada y acompañarme con los que las usaban, uniformando siempre mis ideas, palabras y acciones con aquellos de quienes dependia.

Entre las ventajas que conseguí en el presidio, cuento tres principales, que fueron: perder toda clase de vergüenza, beber mucho y reñir por cualquier cosa. Con esto la fuí pasando así, así. Mis amigos eran todos como yo: mi ropa y alimento, segun se proporcionaba: mi casa, donde me cogia la noche: mis tertulias, los caféés, villares, vinaterías, pulquerías y bodegones.

Despues de todo, por bien ó por mal, yo no me quedaba sin comer, beber y andar las calles, y esto sin trabajar en

nada; pues me dejó tan ostigado el trabajo de los dos años de la Habana, que juré solémnemente é hice voto de no volver á trabajar en nada en esta vida; juramento que he cumplido con la escrupulosidad propia de una conciencia tan ajustada y timorata como la mia.

En medio de las necesidades que persiguen á todo literato hombre de bien como yo, solia verle la cara alegre á la fortuna algunas veces, y en estas, si me habilitaba de algun punterillo razonable, me vestia decente, y concurria con mis primeros amigos, pues así como la cabra se inclina al monte, así yo, quién sabe por qué causa (1), me inclinaba á la catrinería aunque despues de haber olvidado mi nobleza.

Mas no penseis que la fortuna se me mostraba alegre por sola su bondad ó su inconstancia, sino porque yo hacia mis

(1) El jóven bien nacido, aunque no haya logrado una exacta educacion, ó la haya desaprovechado; y aunque por desgracia se haya prostituido como nuestro héroe, se acuerda de cuando en cuando de su cuna, se avergüenza en su interior de su proceder, y quisiera entónces volverse á ver en el paralelo de que se ha desviado.

diligencias tan activas y honestas como la que os voy á referir.

Una vez que andaba vestido de catrin y sin medio real, encontré á una muger que vendia un hilo de perlas en el parian, y pedia por él ochenta pesos. Ajusté el dicho hilo en sesenta y ocho: la muger convino en el ajuste: la llevé á un convento, diciéndole que lo vería mi tio el provincial, que era quien me lo habia encargado para mi hermana su sobrina La buena muger me creyó sobre mi frac y mi varita: me dió el hilo; se fué conmigo al convento; la dejé esperando en la portería su dinero, y yo, como los cuentos, entré por un callejoncito y salí por otro; esto es, entré por la portería y salí por la puerta falsa. La zonza aun me estará aguardando. Yo en la tarde vendí el hilo en treinta pesos á un pariente marcial, que al ver la barata lo compró sin pedirme fiador ni mosquearse para nada, despues que le advertí que no lo vendiera en Méjico. Tales eran mis ingeniadas. ¿Y esto no prueba un talento desmedido, una conducta arreglada y un mérito sobresaliente? Que respondan los catrines y los pillos.

En una de estas vueltas de mi buena suerte, estando en un café, fué entrando el pobre Taravilla, mi antiguo amigo y compañero de armas y de vivienda, de quien os hablé en el capítulo tercero; pero ¡cómo entró el infeliz! con un uniforme viejo de teniente retirado y con dos muletas, porque estaba cojo de remate.

Catrin, amigo, me dijo, ¿aquí estás? Sí, viejo, aquí estoy, le respondí: ¿qué milagro que te veo? mas ¿qué te ha sucedido? ¿Has perdido tus movimientos en algunas campañas? ¡Pobre de tí! así habrá sido. Siéntate, y pide lo que quieras.

Él pidió lo que mas apetecía, y me dijo: ¡ay hermano! Vénus me ha maltratado, que no Marte. Cinco veces ha visitado Mercurio las médulas de mis huesos, haciéndome sufrir dolores inmensos: he jurado no volver á provocar al enemigo; pero apenas le he visto, cuando me he olvidado del juramento: le he acometido, y siempre he salido derrotado. En una de estas campañas, como se apoderó de mí, ya débil y mal herido, me redujo á la última miseria; me hizo su

prisionero; me obligó á ejercitar el humilde oficio de picador, haciéndome sujetar dos brutos; mi habilidad no pudo domar su brio; ellos pudieron mas que yo, y en una de las caidas que me dieron quedé tan mal parado como ves.

A seguida nos contó todas sus aventuras, señalando no solo sus cómplices, sino sus nombres, señas, calles y casas donde vivian, con tanta puntualidad y tanta gracia, que todos nos reimos y nos admiramos de su memoria y de su chiste. Yo me burlé de su cojera grándemente.

¿Quién me habia de decir que dentro de pocos dias me habia de ver en peor situacion? Así fué, como lo vais á ver en el capítulo que sigue.

CAPITULO XII.

En el que dá razon del motivo por que perdió una pierna, y cómo se vió reducido al infeliz estado de mendígo.

TARAVILLA comió y bebió esta vez á mis costillas, como yo comia y bebia siem-

pre á las de otros; al fin era de la ilustre raza de los catrines.

Despidióse, y á poco rato nos fuimos todos á recoger á nuestras casas ó á las agenas.

Pasé algun tiempo en la alternativa de pillo y de catrin, y una ocasion por cierta aventura amorosa, que no os escribo por no ofender vuestros oidos castos, reñí con el marido de mi dama, y éste tuvo la suerte de darme tan feroz cuchillada en el muslo izquierdo, que casi me lo dividió.

A mis gritos acudió la gente.... ¡qué gente tan desapiadada es la de Méjico!... ¿Si será así la de todo el mundo? Se juntaron muchos á la curiosidad; nos vieron reñir, y nadie trató de apaciguarnos; me hirió mi enemigo; arrastró y maltrató á su muger, y nadie se lo impidió; se la llevó donde quiso; y ninguno lo siguió; quedé yo desangrándome, todos me veian y decian: ¡póbrecito! pero ni llevaban el confesor ni el médico, ni habia uno siquiera que me contuviera la sangre.

A fuerza de juntarse muchos bobos insensibles, llegó un oficial, hombre bueno (que entre muchos malos y tontos es

difícil que no se halle algun bueno y juicioso) que hizo llamar una patrulla, la que me llevó al juez; éste determinó se me condujese al hospital. Me tomaron declaracion, dije lo que se me antojó, y por conclusion de todo, salió que me cortaran la pierna, porque se me iba acancerando á gran prisa.

Me la cortaron en efecto, y por poco no me muero en la operacion. Algunos dias despues me echaron á la calle, lo que tuve á gran felicidad, porque temia ir á la cárcel á responder de todo.

Como no podia tenerme en pie como las grullas, fué necesario habilitarme de un par de muletas, lo que no me costó poco trabajo.

Ya con estos muebles, y hechos mis trapos mil pedazos, salí segun he dicho; pero ¿á donde, y á qué? á las calles de Dios á pedir limosna, pues en un pie ya no estaba en disposicion de ingeniarme, ni de andar ligero como cuando tenia cabales los miembros de mi cuerpo.

Aunque habia dejado en la Habana toda la vergüenza, y nada se me daba del mundo, confieso que se me hizo duro á los principios el ejercicio de men-

dígo; mas era necesario pedir limosna ó morir de hambre.

Los primeros dias se me hacia el nuevo oficio muy pesado, porque no tenia estilo para humillarme mucho, para porfiar, ni para recibir un taco con paciencia; pero poco á poco me fuí haciendo, y dentro de dos meses ya era yo maestro de pedigüeños y holgazanes.

Luego que tomé el sabor á este destino, y comprendí sus inmensas y jamas bien ponderadas ventajas, lo abracé con todo mi corazon, y dije para mi sayo: mendígo he de ser *ex hoc nunc est usque in saeculum.*

Conforme á este propósito me dediqué á aprender relaciones, á conocer las casas y personas piadosas, á saber el santo que era cada dia, á modular la voz de modo que causaran compasion mis palabras, y á otras diligencias tan precisas como estas, lo que llegué á saber con tanta perfeccion que me llevaba las atenciones, y cuantos me oían tenian lástima de mí. ¡Pobrecito cojito, decian algunos, y tan mozo! No me bajaba el dia de diez ó doce reales, amén de lo que comia y me sobraba, y esto era tanto,

que se me hacia cargo de conciencia tirarlo; y así busqué una pobre con quien partir mis felicidades y bonanzas.

En efecto, hallé una muchacha llamada Marcela, de bastante garbo y atractivo, á la que sostuve póbremente. Ella cuidaba de mí con harto esmero, y tuvo tanta gracia y economía, que en cuatro meses se vistió como la mejor y me vistió á mí tambien; de manera que de noche, despues que acababa yo de recoger mi *bendita*, me iba á casa, me ponia de catrin, me acomodaba mi pierna de palo, y me iba á merendar con Marcela adonde yo sabia que no habia quien me conociera.

Yo mismo me admiraba al advertir que lo que no pude hàcer de colegial, de soldado, de tahur, de catrin ni de pillo, hice de limosnero; quiero decir, mantuve una buena moza con su criada en una vivienda de tres piezas, muy decente como yo, y esto sin trabajar en nada ni contraer drogas, sino solo á expensas de la fervorosa piedad de los fieles. ¡O santa caridad! ¡ó limosna bendita! ¡ó ejercicio ligero y socorrido! ¡Cuántos te siguieran si conocieran tus venta-

jas! ¡cuántos abandonaran sus talleres! ¿No se comprometieran en los riesgos y pagaran á peso de oro el que les sacaran los ojos, les cortaran las patas, y los llenaran de llagas y de landre para ingerirse en nuestras despilfarradas pero bien provistas compañías?

Gran vida me pasaba con mi oficio. Os aseguro, amigos, que no envidiaba el mejor destino, pues consideraba que en el mas ventajoso se trabaja algo para tener dinero, y en este se consigue la plata sin trabajar, que fué siempre el fin á que yo aspiré desde muchacho.

Despues que experimenté las utilidades de mi empleo, ya no me admiro de que haya tantos hombres y mugeres decentes, tantos sanos y sanas, tantos muchachos y aun muchachas bonitas ejercitándose en la loable persecucion de pordioseros.

Ménos me admiro de que haya tantos hipócritas declamadores contra ellos. La virtud es siempre perseguida y la felicidad envidiada. Dejaos, crueles y mal intencionados escritores: dejaos, de apellidar á los míseros mendigos, sangui-

juelas de las sociedades en que se permiten. No os fatigueis en persuadir que es una piedad mal entendida el dar al que pide por Dios, sea quien fuere, sin examinar si es un vago, ó un pobre legítimamente necesitado. Cesad de endurecer los corazones, asegurando que son mas los ociosos que piden para sostener sus vicios, que los inválidos infelices que se acogen á este recurso para mantener su vida. Ya sabemos que toda vuestra crítica mordaz no se funda sino sobre vuestra malicia y envidia refinada; pero ¡necios! ¿no podeis disfrutar los beneficios que nosotros, al mismo precio y sin malquistarnos con los corazones piadosos? ¿Tanto cuestan dos muletas y un tompeate? ¿tanta habilidad se necesita para fingirse ciegos, mancos ó tullidos? ¿es tan gran dolor el que se sufre con hacerse diez ó doce llagas con otros tantos cáusticos? ¿es menester cursar algunas universidades para aprender mil relaciones, aunque estén llenas de disparates? y por último ¿hay algun exámen que sufrir, ni algunos veedores que regalar para incorporarse en nuestro sucio, asqueroso y socorrido gremio? ¿Pues qué haceis, mentecatos?

Venid, venid á nuestros brazos: abandonad vuestras plumas: echaos una mordaza: habilitaos de unos pingajos puercos: haced lo que nosotros, y disfrutareis iguales comodidades y ventajas.

Así hablara yo á nuestros enemigos, y si tuviera diez ó doce hijos les enseñara este fácil oficio, los repartiera en varias ciudades, y les jurara que con tantita economía que tuvieran á los principios, en breve se harian de principal.

Encantado con mi destino, en el que me hallé, como dicen, la bolita de oro, vivia muy contento con mi Marcela, que como estaba sobrada de todo, me queria mucho y nada le advertia que pudiera desagradarme. Todo era para mí abundancia, satisfaccion y gusto. Es verdad que de cuando en cuando no faltaban sus incomodidades caseras, y callejeras. Aquellas eran originadas por mis imprudencias cuando se mezclaban con aguardiente; pero Marcela sabia terminarlas con felicidad: me daba un empujon sobre la cama cuando me veia mas furioso y me quitaba las muletas, con lo que me quedaba yo hablando como un perico; pero sin poder moverme del colchon ni ha-

cerle daño. Así que se me quitaba la *chispa*, (1) me hacia cuatro cariños y quedábamos tan amigos como siempre.

No eran así las incomodidades callejeras. Estas las originaba la envidia de mis compañeros, otros pobres tan necesitados como yo, que pensando que les quitaba el pan de la boca, no cesaban de ultrajarme diciendo unos con otros y en mi cara: ¡que cojo maldito tan vagabundo y mañoso! ¿por qué no se irá al estanco, ó se acomodará á servir de algo, y no que estando tan gordo y tan sin lacras, se finge mas enfermo que nosotros, y con su maldita lábia nos quita el medio de las manos!

Así se explicaban estos pobres; pero yo hacia oidos de mercader, y seguia gritando mas recio, y recogiendo mis migajas; sin embargo, no dejaba de incomodarme por su envidia.

Un año, poco mas, disfruté de las dulces satisfacciones que he dicho; pero como todo tiene fin en este mundo, lle-

(1) Ponerse la chispa es una de las muchas frases con que aquí se dice: *embriagarse*, y quitarse la chispa es decir que se alivió.

gó el de mi dicha, segun vereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO XIII.

En el que cuenta el fin de su bonanza y el motivo.

¿Quien ha de creer que el regalo y el chiqueo sean muchas veces los asesinos de los hombres? Extraño parece; pero es una verdad constante y muy experimentada, especiálmente por los ricos.

El trato que yo me daba, á excepcion del trage de dia, era como el que se puede dar el mas acomodado y regalon. Por lo ordinario me levantaba de la cama entre las nueve y diez de la mañana, y este régimen contribuyó á destruir mi salud. No sabia yo la máxima de la escuela salernitana que dice que siete horas de sueño bastan al jóven y al viejo.

Septem horas dormire sat est juvenique senique.

Ignoraba yo esto, y lo que Salo-

mon dice á los perezozos en sus Proverbios. (1)

Por otra parte, mi mesa era abundante para los tres, y muy exquisita para mí; porque Marcela era hija de una que habia sido cocinera de un título y de muchos ricos, y habia aprendido perféctamente el arte de lisongear los paladares, provocar el apetito y dañar el estómago: con esto, me hacia mil bocaditos diferentes y bien sazonados cada dia. Tambien este regalo me fué perjudicial al fin.

Yo no sabia en aquel tiempo que el gusto del paladar hace mas homicidios que la espada, en frase de un escritor francés: (2) que Alejandro que salió victorioso de mil combates, fué vencido por la gula y los deleites, y murió á los treinta y dos años de su edad: que la frugalidad alarga la vida tanto como la acor-

(1) No ames el sueño, no sea que caigas en la necesidad. Sé vigilante y vivirás en la abundancia. Tú dormirás un poco, dormitarás un rato, cruzarás otro poco las manos para descansar, y la pobreza vendrá sobre tí como hombre armado. Prov. 24.

(2) Blanchard.

ta la destemplanza: que Galeno, médico antiguo, pero sábio en su tiempo, decia: *cuando veo una mesa llena de mil manjares delicados, me parece que veo en ella los cólicos, las hidropesías, los tenesmos, insultos, diarreas y todo género de enfermedades. Ignoraba que el sabio dice: los excesos de la boca han muerto á muchos: pero el hombre sóbrio vivirá mas largo tiempo.*

El sábio inglés Juan Owen escribió sobre esto un epigráma en latin, que en castellano se tradujo así:

No, muchos médicos
ni medicina:
tén pocas penas,
sóbria cocina,
si largo tiempo
vivir aspiras.

»La templanza y el trabajo, dice el »filósofo de Ginebra (Rousseau) son los »dos verdaderos médicos del hombre: el »trabajo excita su apetito, y la templan»za le impide abusar de él.

Un médico preguntó al P. *Bourdaloue* qué régimen de vida seguia; y este sábio respondió: que no hacía sino una sola comida al dia. *No hagais*, le dijo el

médico, *no hagais público vuestro secreto porque nos quitará U. de oficio, pues no ten, drémos á quien curar.*

San Cárlos Borromeo, estando muy enfermo, y advirtiendo las contradicciones de los médicos acerca de difinir su enfermedad, los despidió; moderó su mesa; se privó del regalo; se sujetó á un régimen simple y uniforme; sanó, y se mantuvo con tanto vigor, que soportó los trabajos de su obispado á que se entregó con tanto celo.

El autor del Eclesiástico dice: *Si estás sentado en una gran mesa, no te dejes llevar del apetito de tu boca. No seas,* dice en otra parte, *de los últimos á levantarte de la mesa, y bendice al Señor que te ha criado y que te ha colmado de sus bienes.*

Estas y otras cosas ignoraba yo, cuya observancia conduce efectívamente á mantener la salud con vigor. El último amigo que tuve, y que pienso que fué el único, me instruyó en estas reglas; pero tarde; porque ya estaban mis fuerzas enervadas, gastada mi salud y consumidos mis espíritus.

Entre los matadores que tuve, fué sin duda el mayor el uso excesivo

de licores. Yo tenia la precaucion de no embriagarme de dia para no perder el crédito entre mis piadosos favorecedores; pero de noche me ponia unas *chispas* inaguantables.

Este abuso no solo perjudicó mi salud, sino que me exponia frecuéntemente á mil burlas, desaires y pendencias. Yo conocia la causa de mi mal; pero no tenia la fortaleza necesaria para abandonarla.

Una noche (no estaba yo muy perdido) bebia con mis amigos nocturnos en una fonda, y bebia mas que todos. Á uno de los concurrentes, no sé por qué razon le causé lástima, y con todo disimulo hizo que la conversacion recayera sobre los perjuicios que causa el exceso de la bebida. ¡O y qué buen predicador nos encontramos! Él decia: señores, no hay remedio, Dios lo crió todo para el hombre, y no puede negarse que un buen trago de vino ó de aguardiente reanima nuestras fuerzas, promueve la digestion, vivifica el espíritu, hace derramar la alegría en nuestra sangre, y distrayéndonos de los cuidados y pesares que nos rodean,

nos concilia un sueño tranquilo y provechoso.

A mí me agrada bastante un trago de vino, especiálmente cuando estoy en sociedad con mis amigos. No soy para esto escrupuloso: me acuerdo que el mismo Dios por el Eclesiástico dice: *el vino ha sido criado desde el principio para alegrar al hombre, y no para embriagarlo Bebido con moderacion, es la alegría del alma y del corazon, y tomado con templanza es la salud del espíritu y del cuerpo. Así como bebido con exceso es la amargura del alma, y causa riñas, displicencias y muchos males.* (1)

A mas del estrago que causa en la salud, y en el espíritu, perturba la razon en el hombre y lo hace un objeto dignamente ridículo á cuantos observan sus descompasadas acciones, sus balbucientes palabras y sus desconcertados discursos.

No es menester que el bebedor esté incapaz de hablar ni de moverse: en este caso ya está narcotizado, y no puede causar cólera ni risa. Cuando está,

(1) Ecles. 31. ℣. 35. &c.

como dicen UU., á media bolina ó medio borracho, entónces es cuando hacen reir ó incomodar sus necedades. Aun de hombres distinguidos nos acuerda la historia hechos ridículos y extravagantes, que no dimanaron de otro principio sino de lo mucho que bebian.

¿Quién no se reirá de buena gana al oir que el famoso poeta *Chapelle*, platicando y bebiendo una noche con un mariscal de Francia, resolvió ser mártir con su compañero, á quien dijo que ambos irian á la Turquía á predicar la fé cristiana? Entónces, decia Chapelle, nos prenderán, nos conducirán á cualquier Bajá: yo responderé con constancia, y vos tambien, señor mariscal: á mí me empalarán, á vos despues de mí; y vednos luego luego en el paraiso. El mariscal se enojó porque el poeta quisiera ponerse primero que él, y sobre esto armaron tal campaña, que se tiraron uno al otro, haciendo rodar las sillas, mesas y bufetes. ¿Cuál seria la risa de los que acudieron á apaciguarlos, al oir el motivo de su riña?

Mr. Blanchard tuvo cuidado de conservarnos esta anédocta, y al dicho abate le cae mas en gracia que otra vez

en casa del famoso Moliere, este mismo *Chapelle*, despues de haber bebido con sus compañeros, disgustado de las miserias de la vida, los persuádió á que seria una grande heroicidad el matarse por no sufrirlas. Convencidos los camaradas con los discursos del poeta, resolvieron ir á ahogarse en un rio que estaba cerca de la casa de Moliere. En efecto, fueron y se arrojaron al agua. Algunos de la casa que los siguieron y otras gentes del lugar los sacaron. Ellos se irritaron y los querian matar por semejante agravio. Los pobres criados corrieron á refugiarse á la casa de Moliere. Informado este del motivo de la riña, les dijo que ¿por qué siendo su amigo, querian excluirlo de la gloria de que participaria siguiendo su proyecto? Todos le concedieron la razon, y lo convidaron á que se fuera al rio para que se ahogara con ellos. Poco á poco, contestó Moliere: este es un gran negocio, y conviene que se trate con madurez. Dejémoslo para mañana; porque si nos ahogamos de noche dirán que estamos desesperados ó borrachos: mejor es que lo hagamos de dia y delante de todos, y así lucirá mas nuestro valor. Los amigos que-

daron persuadidos: se fueron á acostar, y al dia siguiente, disipados los vapores del vino, ya todos pensaron en conservar sus vidas.

Hasta este cuento me acuerdo que le entendí al platicon; pero como mientras él predicaba yo bebia, me quedé dormido sobre la mesa, y el fondero tuvo la bondad de acostarme en un banco.

A las cuatro de la mañana volví en mí ó desperté, y azorado de verme con esclavina ó chaqueta, me levanté, me refregué las manos, me lavé la cara, tomé café, y me fuí para mi casa muy fruncido á vestirme de gala para ir á buscar la vida como siempre.

Poco tiempo la pude conservar, porque esta hidropesia de que padezco cuando escribo estos renglones, se apoderó de mí, y me acarreó todos los males que leereis en el capítulo catorce de esta legítima y verdadera historia.

CAPITULO XIV.

En el que da razon de su enfermedad, de los males que le acompañaron, y se concluye por agena mano la narracion del fin de la vida de nuestro famoso D. Catrin.

Queridos mios: cuando escribo este capítulo, que pienso será el último de mi vida, ya me siento con muchas ansias, el vientre se me ha elevado, y las piernas.... digo la pierna se me ha hinchado mas de lo que yo quisiera, y por estas razones es regular que salga ménos metódico, erudito y elegante que ninguno de los de mi admirable historia; porque ya sabeis que *conturbatus animus non est aptus ad exequendum munus suum:* el ánimo afligido no está á propósito para desempeñar sus funciones, segun dijo Ciceron ó Antonio de Nebrija, donde únicamente he leido esta sentencia. Alabad, alabad, amigos, mi erudicion y mi modestia aun á las orillas del sepulcro. Ningun escritor haria otro tanto en el borde mismo

de la cuna; pero dejémonos de prenvenciones: continuemos la obra, y salga lo que saliere.

Una anasarca ó general hidropesía se apoderó de mi precioso cuerpo: me redujo á no salir de casa: me tiró en la cama: Marcela llamó al médico, y entre él y el boticario me llevaron la mitad de lo que habia rehundido: á lo último me desahuciaron. Mi querida Marcela, luego que oyó tan funesto fallo, se mudó la noche que se le antojó, llevándose de camino todo lo que habia quedado; pero me dejó recomendado á la casera, lo que no fué poco favor. La dicha casera, el mismo dia de la desgracia, me consiguió una cama en el hospital, me condujo á él, y cátenme UU. sin un real, sin alhaja que lo valiera, enfermo, abandonado de la que mas queria, lleno de tristeza, y entregado á discrecion de los médicos, curanderos y practicantes de este bendito hospital en que me veo, y en donde no pensé verme segun lo que tenia guardado, y el amor que me profesaba Marcela.

Pero ¡ah, mugeres ingratas, falsas é interesables! maldito sea quien fia de

vuestras mieles, juramentos, cariños y promesas. Amais á los hombres y los adulais mientras pueden seros de provecho; pero apenas los veis en la amargura, en el abandono, en la cárcel ó en la cama, cuando, olvidando sus sacrificios y ternezas, los desamparais, y entregais á un perdurable olvido.

Abrid los ojos, catrines, amigos, deudos y compañeros mios: abrid los ojos, y no os fieis de estas sirenas seductoras que fingen amar mientras consiguen esclavizar á sus amantes; de estas perras que menean la cola y hacen fiestas mientras que se comen vuestra substancia.

Hay muchas Marcelas, muchas víles, muchas interesables en el mundo. Digan los panegiristas del bello sexo que hay mugeres finas, leales y desinteresables: señálenmelas á pares en la historia; yo diré que será así: las habrá; pero no me tocó en suerte conocer á ninguna de ellas, sino á Marcela, muger pérfida é ingrata, que apenas perdió las esperanzas de mi vida, cuando me robó, me dejó sin recurso para subsistir, y por una grande seña de su

amor me encargó al cuidado de una vieja.

Mas en fin, Dios se lo pague á esta vieja: por su piedad aun vivo, y tengo lugar para escribir estos pocos renglones.

La hidropesía, la agua, la pituita ó qué sé yo, que cada dia me va engordando mas, y yo no quisiera semejante robustez....

Voy escribiendo poco á poco, y sin órden, y así debeis leer.

El médico me dice que me muero, y que me disponga. ¡Terrible anuncio!

El capellan ha venido á confesarme; y yo, por quitármelo de encima, le he contado cuatro aventuras y catorce defectillos.

Él me absolvió, y me aplicó las indulgencias de la bula.

Se me ha traido el Viático, y se me ha hecho una ceremonia muy extraña, pues si he comulgado dos veces, han sido muchas en mi vida.

El practicante D. Cándido se ha dado por mi amigo: me chiquea mucho, y me predica; mas á veces me ur-

ve de amanuense: tengo confianza en él, y le he encargado que concluya mi historia: me lo ha ofrecido: es fanático, y cumplirá su palabra, aunque borre esta expresion; pero es un buen hombre.

Me ven muy malo sin duda, porque me han puesto un Cristo á los pies: qué sé yo què significan estas cosas: tengo un espíritu muy fuerte.

El practicante admira mi talento, compadece mi estado, y me da consejos.

Ya me cansa: quiere que haga las protestas de la fé: que me arrepienta de mi vida pasada, como si no hubiera sido excelente: que pida perdon de mis escándalos, como si en un caballero de mi clase fuera bien visto semejante abatimiento: quiere que perdone á los que me han agraviado; eso se queda para la gente vil: el vengar los agravios personales es un punto de honor, y no hay medio (1) entre tomar satisfaccion de una injuria, ó pasar por un infame remitiéndola.

(1) Así piensan los que no saben en qué consiste el verdadero honor.

Quiere este mi amigo tantas cosas, que yo no puedo concedérselas. Quiere que haga una confesion general ya boqueando. ¿Habeis oido majaderia semejante?

Me espanta cada rato con la muerte, con el juicio, con la eternidad, con el infierno. Mi espíritu no es tan débil que se amedrente con estos espantajos. Yo no he visto jamas un condenado, ni tengo evidencia de esos premios y castigos eternos que me cuentan: pero si por mi desgracia fueren ciertos; si hay un Juez Supremo que recompense las acciones de los hombres segun han sido, esto es, las buenas con una gloria, y las malas con un eterno padecer, entónces yo me la he pegado, pues si me condeno escapo en una tabla.

Aun cuando hago estas reflecciones, ni me acobardo, ni siento en mi corazon ningun extraño sentimiento: mi espíritu disfruta de una calma y de una paz imperturbable. (1)

Las ánsias me agitan demasiado: el pecho se me levanta con el vientre....

(1) *La paz de los pecadores es pésima*, dice el Espíritu Santo.

INDICE.

CAPITULOS. PAGINAS.

